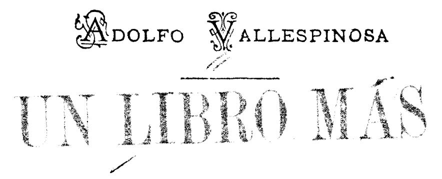
ADOLFO VALLESPINOSA

(PROSA Y VERSO)

2.ª EDICIÓN

1897

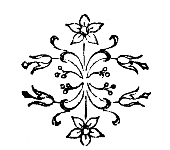
UN LIBRO MÁS



ADOLFO VALLESPINOSA

UN LIBRO MÁS

(PROSA Y VERSO)



MANILA

1897

MALABON:—1897 Establec. Tipo-Litográfico
del Asilo de Huérfanos.

DOS PALABRAS.

Á falta de prólogo, proemio, advertencia, exposición de motivos ó preambulo, vayan estas cuatro frases únicamente para decir al público.

Que todo mi afán es agradarle con esta colección de artículos; pero al público en general, no á la llamada minoría inteligente; pues el triunfo del escrito ha de ser completo para considerarse verdadero triunfo, y ya que no se obtenga, es por lo menos legítimo el desearlo.

Y que en mis escritos no hay ni un atomo de mala intención. Si algo existiera que pudiese herir suceptibilidades exageradas, téngase por no puesto, y yo desde ahora lo tacho, borro y suprimo.

Es cuanto tenía que decir.

TODO MENOS ESO

(TRADICIÓN INDIA.)

I

AL Yn Quetit, jefe de numerosa tribu guerrera, tenía un hijo llamado Ril, que es como decir primogénito, heredero de la jefatura en aquellas familias, unidas hasta formar pirámide de esclavos, y en su cima el supremo sacerdote, magistrado y guerrero: Al Yn Quetit, que tiene espirituales comunicaciones con Budda.

II

Ril es desgraciado porque es rebelde:

Ril se ha permitido romper las tradiciones de su tribu; Ril es un revolucionario indigno de la primogenitura; Ril ha injuriado al gran Bramha; Ril se ha degradado al extremo de amar á una mujer, á Gerib, que pertenece á una raza inferior, que no desciende en línea recta de la cabeza de Bramha.

El padre Al Yn Quetit, le ha dicho:—*Todo menos eso mientras yo viva.*

Y al infame Ril se le ocurre entonces pensar que su padre es muy viejo.

Y que la dicha suprema es gobernar una tribu.

Y que la libertad con mando, es un anticipo de las celestiales dichas que promete Budda.

III

En la gruta de Alai, hace millones de años existe un geroglífico que no ha podido descifrarse.

Todo los sabios lo intentaron sin conseguirlo. Se dice que el mismo Budda lo escribió en la ciudad de Kapilavasu (lugar de su nacimiento) y fué su primer consejo y mandato.

El que logre descifrar aquel geroglífico, dicen que tiene la recompensa que pida, sea cual fuere, aún rompiendo con antiguas leyes y tradiciones.

Si quiere destruir el árbol sagrado, la higuera, podrá hacerlo.

Si quiere entrar en el Gran Consejo, entrará.

IV

Ril comprende que para casarse con la mujer adorada, no tiene otro remedio que descifrar el geroglífico.

O cometer un horrible crimen.

Y eso repugna á su naturaleza.

Ha oido decir que á tres mil leguas existe un gran sabio, que posée la ciencia suprema.

Ril copia el geroglífico, y emprende el viaje...

V

Llega, y el sabio le pregunta.

—¿En qué batallas venciste, que acciones heróicas realizaste?

—Ninguna.

—Entonces serás un perfecto dechado de virtud.

—¡Oh!... mucho menos.

—Pues aléjate de mi vista; yo no pongo la ciencia que poseo más que á disposición de los séres heróicos, ó de los séres perfectos.

VI

Ril coge su lanza, y por todas partes va preguntando donde se pelea, buscando alguien que luche para combatir exponiendo la vida cien veces, por si acaso la salva, presentarse al descifrador de geroglíficos, y que este le dé la felicidad.

Al fin ve dos ejércitos numerosos, que se despedazan por dominar un peñon inculto, madriguera de sapos.

Se alista en uno de los ejércitos, en el primero que encuentra, y pelea con tal heroicidad que logra llenarse de cruces y de balazos, de grados y de heridas...

Va á la gruta del sabio, y le dice:

¡Soy un héroe! he vertido mucha sangre de enemigos y cien veces estuve expuesto á perecer.

—¿Por qué peleastes?

—Por conquistar un puñado de tierra.

—¿Y eso merece la pena de tal hecatombe? Haz algo más provechoso para la humanidad, y luego ven.

—¿No basta que sea un valiente?

—No, es necesario sacrificarse por la humanidad sin lograr recompensa.

VII

Por entonces, en la ciudad de Siato morían á miles las personas. Ril fué á uno de los hospitales, y allí asistió á todos los enfermos.

Ril en los hospitales de epidemiados, reparte limosnas, consuela á los afligidos, dá esperanza á los débiles, cuida con diligencia á los que solicitan sus servicios, sepulta á los muertos y por poco le entierran á el.

Adquirió la enfermedad epidémica y estuvo á punto de muerte.

Debil, achacoso y triste, llegó á la cueva del sabio, á que le descifrara el geroglífico.

—Eres un valiente y un martir—le dijo el poseedor de la eterna verdad;—pero no eres inteligente .. Estudia y vuelve.

VIII

Ril, lleno de constancia y de

amor, pasa seis años frecuentando las escuelas, oyendo á los grandes maestros, y regresa convertido en un semi-sabio.

—¿Aun no es bastante?—dice al solitario de la gruta, al descifrador de geroglíficos.

—Si es bastante—le contesta.

—En nombre del ser primero, de Bramha, lo vas á saber todo.

Y previas mil invocaciones y zalemas, rezos y sortilegios, dice:

—Hé aquí la traducción del geroglífico.

IX

«Allá en los futuros tiempos, ha de existir un hombre llamado Al Yn Quetit, que tendrá un hijo.

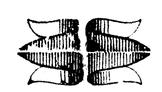
«Yo les bendigo y les colmaré de dones. Les reservo una misión providencial; pero si el hijo pretende desobedecer al padre, ó intenta casarse con una mujer inferior á él, será maldito eternamente...

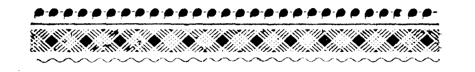
Ril al escuchar la lectura cayó muerto...

X

MORALEJA

—Ý por eso en los libros santos de los Vedas, se tiene á gran sandez descifrar geroglíficos.





EL PRIMER BESO

I

El primer beso yo sé lo he de dar, no transijo con que sea otra persona... ni tu mismo...

—¡Pero, María ¡Que aún es pronto para hacer esas advertencias!

—Conforme; soy una tonta, debiera contener á la imaginación, que va muy deprisa; pero insisto en ello: el primer beso que reciba en este mundo se lo ha de dar su madre se lo he de dar yo. Nada más justo, me pertenece. Ya le adoro y aún no ha llegado al mundo. ¡Oh! mejor dicho, si ha llegado, le siento palpitar en las entrañas.

Nadie le siente más que yo... para mi ha nacido; daría mi vida por él, si mi vida y la suya no fueran una misma cosa. ¿Pido algo extraordinario con pedir un beso... el primero?

—Tú se lo darás, yo te lo prometo.

—Gracias, eres muy justo, se trata de un ser mío, que nadie quiere con más ardor que yo, un ser que vive y palpita dentro de mí.

Los hombres no podreis comprender nunca ciertas cosas. El cariño de la madre no se parece á nada humano.

Por que es divino.

II

María agoniza en el lecho.

Su hijo, aquél hijo tan deseado, acaba de nacer, y se queja. Al venir al mundo ha herido de muerte á su madre.

Todos rodean el lecho de la infeliz moribunda. Su marido,

cumpliendo la promesa que hizo, ha dispuesto que nadie bese á la criatura.

Temeroso, llorando y lleno de angustía, observa al recien nacido, siente impulsos de besarle y se domina; acude al lecho donde ella agoniza, y tiene que hacer un esfuerzo extraordinario para no prorrumpir en sollozos.

Aquella carne blanca y sonrosada, envuelta en mantillas y que llora, al desprenderse del seno que la contuvo ha dejado un gérmen de muerte, al venir á la luz ha herido en las sombras con la fuerza brutal de lo que es inconsciente.

La madre que agoniza, aún no ha podido sentir los quejidos de aquella parte de sus entrañas, que allí viva y palpitante se mueve, siendo madre sin saber que lo es, va á morir. Ese nuncio de la muerte, fúnebre y cavernoso, el estertor, se siente muy perceptible avan-

zar poco á poco desde el fondo, allá muy lejos, para subir á la garganta...

III

María pudó abrir los ojos un solo instante. Miró á todas partes buscando á su hijo. Se lo trajeron, lo pusieron cerca, muy cerca.

El niño lloraba. Lloraban todos ante aquella escena sublime. Lloraban por ella, pues en la vida siempre se llora sin juicio. Por quien debieran llorar era por el niño, que acabado de nacer perdía á la persona que más habría de quererle en el mundo.

La madre quiere estrecharle entre sus brazos; pero desfallecida, no puede realizar su deseo.

La poca vida que le quedaba, en la animación de sus ojos se conocía, como si estuviesen iluminados por un fuego interior, vivísimo.

Miró á su marido fijamente un instante, y despues al niño. El marido comprendió aquella pregunta hecha sin palabras...

—Está tranquila, vida mía; nadie le ha besado aún.

El moribundo rostro de María pareció recubrirse de una dicha suprema, divina, de una alegría celestial.

Miró otra vez á su marido y balbuceó:—¡Dios te lo pague!

Despues, moviendo la mano, quiso indicar que le aproximasen el niño...

Le dió un beso..., y volviéndose á todos dijo:

El *primero*... y el *último*.

El estertor avanzando, llegó á la garganta y expiró.

Aún muerta, parecía que sus ojos yertos buscaban al hijo... que no podía sospechar el grandioso drama que se desarrollara en su presencia, siendo él, el protagonista.

EL HIJO

—+×+—

TRISTE, lleno de achaques, desabrido y mal humorado conocí yo en una provincia de España á un señor teniente fiscal, viudo, que tenía fama de dispendioso, y aún se aseguraba que algunas veces, en momentos de mal humor, hacía con el dinero lo que los chicos con las piedras: tirarlo al aire, para que fuese á caer allá muy lejos, y no se encontrase nunca.

No asistía á diversiones, tenía pocos amigos y fisonomía que lo indicaba, jamás se le vió acariciar á un niño, ni cortejar á una mujer, y era, en fin, uno de esos enemigos de la humanidad que resultan inocentes, porque

no se meten con nadie y huyen del trato de las personas como de un mal que se quiere evitar; evitando el contagio.

Por circunstancias enlazadas y favorables coincidencias, supe yo la historia triste y sencilla de aquel hombre, que se paseaba por el mundo como un condenado sin esperanzas de redención.

—Estoy así—me dijo el día de la confidencia—por causa de mi hijo.

—¿Se le han muerto á V. algunos hijos?

—No los tuve nunca. Desde que fuí joven, desde antes, adoré una mujer con toda mi alma; de ese modo absorvente que embarga la inteligencia el sentimiento y la voluntad, con fuerza irresistible y avasalladora, de ese modo que subyuga, que atenaza los nervios, que nos sujeta de tal forma, que se ve, se siente y se piensa influenciado por otro ser, parte del nuestro y con-

suelo de la vida... Ya no sé quiere así ¿verdad?

Ella... no era un ángel, era un espíritu terreno lleno de pasión y de bravura, capaz del amor con todas sus delicias, grandezas y sublimidades. Un alma sin límites; *todo el amor* encerrado en un cuerpo de mujer, que era una obra digna de manos celestes.

Cuando terminé mi carrera pensamos en casarnos ¡pero no lo hicimos por *él*, por nuestro hijo!, el hijo de nuestros sueños y delirios amorosos, que vivía allá en los espacios imaginarios fabricados por nuestra fantasía. No contrajimos matrimonio entonces por *él*, por aquel angelito rubio y sonrosado, que pensábamos que fundido al calor de nuestra pasión, saldría uniendo las almas de sus padres en apretado nudo.

Con lo que tenemos es bastante para nosotros—decíamos;—pero es necesario tener una posi-

ción más desahogada para cuando venga *él*, que nada le falte, que tenga cuanto pida, que viva rodeado de encajes y sedas de lo más caro, porque no sienta molestia alguna en aquel cutis tan fino como porcelana de Sevres.

Era necesario tener mejor posición, pues así la canastilla del hijo de nuestros amores sería digna de un príncipe, ya que él valdría más que todos los príncipes juntos.

Alentados por el entusiasmo, para dar más bienes y dichas al hijo creado por nuestra imaginación, con el espíritu lleno de congojas me fuí á Ultramar, y separado de *ella* viví seis años horribles. víctima del trabajo y del ahorro, sin otro consuelo, en mis angustias y dolores, que la imagen de aquel niño adorado, de cabellos rubios, que en bucles le caían por su redondo cuello y sus mofletes de rosa. No se ría V. de ello. Llegamos á tener su imagen tan formada y completa,

que cuando veíamos cualquier retrato de niño decíamos: «Se parece mucho á él» ó «No se parece nada», porque *él* ya era, por la fuerza portentosa de nuestros ensueños, algo vivo, palpitante. En nuestra obsesión había ocasiones en que de manera inconsciente, tendíamos las manos como haciendo caricias al travieso pequeñuelo.

Á mi regreso me encontré á ella enferma, casi aniquilada por los delirios del hijo y por la ausencia del padre.

Antes de nacer, aquella criatura nos había costado ya seis años de horribles sufrimientos.

Se hizo necesario esperar á que ella se repusiese... ¡esperar más!

Estando enferma no podía ser nuestra boda, porque tendríamos entonces un hijo débil, anémico, con mortecinos ojos y mejillas arrugaditas y pálidas.

Esperamos que la enfermedad cediese, que la convalecencia pa-

sara y nos casamos, locos de amor, creyendo que al pronunciar el *sí*, ante el sacerdote que oficiaba, habíamos encadenado la felicidad tan fuertemente, y dominado á la fortuna, hasta el punto de compadecer á los demás, ya huérfanos de dicha, por que toda era nuestra.

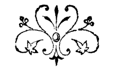
Á los pocos meses de matrimonio, nuestros sueños se concretaron, siendo una realidad, no existente aún; pero bien manifestada para volvernos locos de entusiasmo. Pronto tendríamos un hijo. Nos parecía mentira que se realizara bien tan grande, con tan incesante afán perseguido, que tan horribles sufrimientos nos costara... Hacíamos perfectamente en asustarnos de nuestra felicidad...

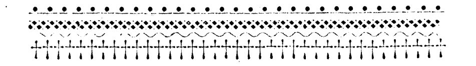
Y al decirlo, con el rostro visiblemente demudado, guardó absoluto silencio.

—¿Y que más?—le pregunté yo.—Poco más. Ella se puso enferma, muy enferma... antes de

tiempo, y á consecuencia de un susto murió... y el hijo, aquel hijo tan deseado, no llegó á nacer... Allá los médicos me presentaron, y yo ni verlos quise, unos huesecillos rotos, unos trozos de masa gelatinosa, que eran el hijo al que sacrificamos la vida y la tranquilidad, la pobre muerta y yo.

Ya lo sabe V. todo—dijo, y se alejó sollozando.





LOS TERREMOTOS

Hace poco anunciaba el telégrafo que en Venezuela se produjo un terremoto, que causó diezmil muertes y destruyó poblaciones enteras.

Hoy el telégrafo—que desde hace algun tiempo parece convertido en heraldo de infortunios—nos anuncia que en Almería y en Granada han vuelto á repetirse aquellas grandiosas sacudidas de la tierra que destruyeron poblaciones y familias enteras.

Esas fuerzas misteriosas ocultas debajo del suelo que pisamos, y que se manifiestan siempre de tan terrible modo, han vuelto á dar señales de vida, que son señales de muerte, allá

en aquellos vergeles andaluces donde la primavera se eterniza y donde parece tambien que van á eternizarse las lágrimas.

El mundo se asemeja á un lavoratorio inmenso de destrucciones.

Las guerras, sembrando la muerte y arrojando montones de hombres unos encima de otros, para que se maten, murallas de carne que sirven de parapeto unas veces á santas ideas y otras á grandes ambiciones ó repugnantes crímenes; y con la guerra la peste, que produce á miles los cadáveres, que mata por contacto, que lleva la ponzoña mortal, de unos paises á otros; la peste, que utiliza millones de invisibles ejércitos que llegan en el aire, que asesinan de pronto; y con la guerra y la peste los terremotos, esos sacudimientos de nuestro planeta, que parece resentido de la carga y protesta contra la humanidad que anida encima de él.

Al pensar en estas calamidades, eternas en el mundo, el alma se acongoja y el negro pesimismo la envuelve. Al pensar que nuestro hermano puede ser nuestro mortal enemigo en una guerra civil, al pensar que el aire que respiramos, que nos rodea, envuelve y aprisiona en contacto perpetuo con nuestro organismo, es el vehículo conductor de esos microscópicos ejércitos que se combaten con fumigaciones, es decir, con humo sin pólvora, al pensar que ni siquiera podemos fiarnos del suelo que nos sustenta, el espíritu sufre ese miedo angustioso que debió sentir el Dante, cuando leyó el famoso letrero sobre la puerta del Infierno.

Pero hay que levantar el espíritu y tener fé, para tener esperanza. No todo en el mundo es negro. No hay en la naturaleza paisajes sin luz, como no hay dolor sin lenitivo.

En medio de los mayores de-

sastres de la guerra, de las balas que se cruzan silvando, del extertor de los moribundos, del grito de los heridos, de la atmósfera de horror; ved una figura blanca, con una cruz roja...

Todos respetan aquella figura sublime, que recoge los heridos, que auxilía á los que mueren, que les da sepultura, que reza sobre sus tumbas.

Todos abren camino. Nadie pregunta dónde vá. Es el consuelo de los afligidos, la esperanza y el alivio de los dolores. Se propone en lo posible reparar el mal, y ni el mal mis mo la detiene: todo cede ante su paso triunfador y todos la miran con envidia...

Esa misma figura la vemos entre las epidemias, al lado del que muere, en unión con él, sin temor al contagio.

Esa misma figura, emblema de la caridad, la vemos en los terremotos, mendigando para los pobres de puerta en puerta,

llamando en todas las casas, y tocando en todos los corazones.

¿Quién inspira esa gran fuerza que aparece en medio de las calamidades, iluminado con rayos de luz los paisajes más llenos de tinieblas? ¿Quién la sostiene, quién la anima, quién la alienta de tan vigoroso modo, que no cede ante dificultades, que no la detiene el peligro, que nada la arredra?

Pensad detenidamente en lo grandioso de esa fuerza sublime, y entonces la esperanza consolará el espíritu y el negro pesimismo agitará en vergonzosa huida sus alas negras, al aproximarse la blanca figura de la caridad.

14 Junio 1894



EL CISNE NEGRO
(FÁBULA)

En una reunión de cisnes, verificada en el magnífico estanque de una preciosa quinta de recreo, se convino por unanimidad, que el cisne completamente negro, era tan rara maravilla, que dichoso aquel que tuviera la suerte de venir al mundo así favorecido por la naturaleza.

El cisne de cabeza negra y pico rojo, se miraba en las aguas del estanque, sintiendo no poder cubrirse todo el cuerpo con los tintes negros, que le hubieran convertido de vulgar ave acuática, en palmípeda digna de todos los honores y de todos los agasajos.

El cisne de pico negro, indómito, y de voz armoniosa, can-

taba tristemente sus dolores y angustias.

El de Nueva Holanda miraba el plumaje de sus alas completamente negro, y se entristecía al ver sus piés y cabeza, grises blancuzcos.

Un cisne, diplomático hábil, que era blanco, completamente blanco, decidió, merced á los artificios de la química, ponerse más negro que la mora, haciendo creer á todos, incluso á sus palmípedos compañeros, que era obra de la naturaleza tan sorprendente transformación.

Nadie pudo saber nunca que procedimientos usara, ni que Lavoisier combinó los líquidos que produjeron el cambio; pero el hecho concreto es, que en medio del general asombro, compareció un dia el cisne de nuestra fábula, más negro que la endrina, y que el carbón, y que los pensamientos de un condenado á muerte.

Enseguida fué aclamado rey

del Estanque; los otros cisnes le tributaron los honores de la ordenanza acuática, se construyó para él especialmente una gruta y se le nombró su guardia.

Cuando cruzaba *regiamente*, con aire de superior, las transparentes aguas, los demás le habrían paso. Se dispusieron fiestas en su honor, y todo marchaba tranquila y pacíficamente á pedir de boca ... de cisne negro, cuando un dia, el propietario de la quinta, acertó á ver por rara casualidad aquel prodigio, y recibió gran contentamiento, dando las órdenes oportunas para que se le cogiera, y en una pequeña fuente de la estufa se le encerrara.

Tan extraño prodigio tenía que ir á parar á la estufa, donde se conservaban miles de flores y plantas caprichosas, de diversas partes del mundo.

De nada les sirvió á los cisnes la protesta, el alboroto, y la indignación.

Quieras que no, su rey fué preso por mano del hombre, y condenado á estufa perpetua.

Allí iba todo el mundo á verle, y por sér tan raro prodigio, los poetas le dedicaban ternísimas endechas, los naturalistas le estrujaban para cerciorarse de su contestura, los caprichosos le arrancaban plumas, y muchos, víctimas de supersticiones, maldecían de aquel bicho que sin duda era un presagio funesto...

El cisne también maldecía en su interior la diablura que hizo, envidiando á los compañeros, que ya habían cesado en su actitud rebelde á raiz del *desgrutamiento*, ó sea del abandono de la gruta, por el primer cisne sin mancha alguna de color.

En varias ocasiones intentó sin resultado, desprenderse de su negrura. Ya era tarde.

Aquello había impreso un sello indestructible, y el cisne de nuestra fábula murió de tristeza, y después quedó completa-

mente destrozado por los inteligentes, que le hicieron la autopsia á satisfacción.

Un cisne viejo y discreto, que se enteró de todo por rara casualidad, decía y cuantos presuntuosos y vanos se las echaban de cisnes negros.

«Estaos quedos, es mejor ser cisne vulgar ni envidioso ni envidiado... que condenarse á exhibición pública y á estufa perpetua.«





«EL CORREO SINO-ANNAMITA»

En este curioso é interesante libro, que no sabemos por qué, es recibido con una incomprensible frialdad, aquí donde concedemos exagerada importancia á lo que es trivial y nimio en todas partes; en esta obra tan digna de estudio y que ya consta de XXVIII tomos, he leido en el último de ellos una carta suscrita por Fr. Maximino Velasco, y fechada en Noviembre último en Bac-ninh, carta que es todo un poema de abnegación cristiana, de amor y de paz.

Del modo más sencillo se dá cuenta del siguiente hecho, que es verdaderamente heróico:

. . . .

«Por las montañas existía una fuerte banda de piratas annamitas desde hace mucho tiempo, que de cuando en cuando bajaba hacía el delta á buscar botín y víveres: hace cerca de dos meses atacó al tren del ferro-carril, y cogió prisioneros á dos señores franceses, uno de ellos director de un periódico.

Después de varios planes y cálculos se le ocurrió al Gobernador general y demás autoridades pedirme hiciera lo posible para rescatar á dichos señores, cuya prisión y detenimiento por los piratas hacia mucho ruido en Francia y muy mal partido á las autoridades del Tung Quing.

Escribí al jefe de la banda de piratas, aunque no le conocía, y éste me invitó á subir á sus montañas, para conferenciar sobre éste y otros asuntos.

Aunque con peligro y trabajo, subí allí por montes *et colles;* y después de veinte dias y siete conferencias, logré sacar á di-

chos señores cautivos de las garras de los piratas, con muy poco coste relativamente, y conseguí que toda la partida de rebeldes se sometiese á las autoridades. Grande fué el contento de los cautivos al ver al mismo Obispo de Bacninh por aquellos bosques para consolarlos, curarlos y rescatarlos. El Gobernador, Residente Superior y todas las demás autoridades, se esmeraron en darnos las debidas gracias. Con este feliz suceso, que atribuyo á favor de Ntra. Sra. del Rosario, á quien encomendé mi vida y negocio, nuestro vicariato, y en parte los demás, quedan bien delante de las autoridades y espero que se nos favorecerá más en las extensión del reino de Dios.

De los bosques traje en hamaca tres enfermos graves; y de cinco que me acompañaron, cayeron cuatro enfermos, y yo anduve titubeando con calenturas pequeñas; pero al fin ahora estoy ya bueno, gracias á Dios.»

Yo preguntaría á los incrédulos, á los hombres sin fé que niegan la virtud, la constancia y el amor al prójimo tal como lo quieren los mandamientos, yo les preguntaría, repito.

¿Porqué subió á los montes de Bacninh Fr. Maximino Velasco, exponiéndose á morir víctima de aquellos piratas tan osados, que bajan de sus guaridas y en plena vía férrea se apoderan y secuestran á dos europeos?

¿Pudo guiarle el ansia de gloria mundana, de aplausos y triunfos, cuando bien sabia el pobre religioso, que estas acciones quedan en el silencio, ó en una publicidad tan exígua, limitada y molesta, como la vida de los pobres misioneros en aquellas apartadas regiones? ¿Pudo guiarle algun otro fin terreno, cotizable en las grandes bolsas de la sociedad donde todo se cotiza aunque no en gracia de Dios? ¡Ah no! Fr. Maximino Velasco, sube y vive entre aquellos bandidos, na-

die sabe á costa de cuantos sufrimientos, por lograr la redención de cautivos, como la Iglesia católica manda; Fr. Maximino Velasco no dice lo mucho que ha padecido, porque á gloria tiene sus padecimientos, y le son familiares, y tan de poca importancia los considera que ni aun los relata. Fr. Maximino Velasco, animado por su fé, en aquellos veinte días obra un prodigio, arranca á los cautivos víctimas de los bandoleros, además los redime, y regresa llevando muertos y heridos, conduciendo su fúnebre convoy, enfermo del cuerpo; pero lleno de heroismo, y recompensado bastante con esa profunda alegría redentora que á las bien templadas almas produce la práctica del bien.

El que dude de la fé y la divina gracia con estos hechos, es un obcecado digno de la más profunda compasión.

3 Enero 1895

****

Y VA DE CUENTO

HABIA, en no recuerdo qué pueblecillo de una provincia española, un pobre demente, que dió en la más extraña é inofensiva manía de cuantas pueden tener locos en el mundo, y concebir los cuerdos. Cultivaba el tal una modesta huertecilla, que apenas si era bastante para cubrir sus necesidades, con ser muy pocas, y el bueno del hombre era completamente feliz, ante la convicción profunda de que en su huerta, sin necesidad de semillas, y sin cultivar el terreno de modo oportuno, se daban toda clase de plantas, flores y frutos.

En el fondo, todas las semillas

son lo mismo—decía,—todo es germen de creación, y solo la voluntad es la creadora; por tanto, yo con sembrar pepitas de tomate, si quiero, hago que salgan rosas de Alejandría.

Si alguien lo dudaba, le sometía á la prueba.

—Mire V. y se convencerá—afirmaba el loco, loco de contento.

Y en llegando á terreno donde era cultivado el tomate, escarbaba la tierra con la mayor fé, diciendo:

—Ya verá usté, ya verá el gran prodigio. Aquí lo tiene, y enseñando un tomate, verdadero tomate, muy gozoso seguía su arenga. Mírenlo: encarnado, lo mismo que un tomate... olor, de tomate; hagan la prueba y pruebenlo, sabe exactamente igual que un tomate... pero es una rosa de Alejandría.

Y mientras el loco, ufano y satisfecho, contemplaba una rosa de Alejandría que solo era tal

en su imaginación, el interlocutor, silencioso, no sabiendo si reir ó llorar, daba la razón al demente, en metáfora, porque el loco no sanaba.

Y de este modo y manera, metamorfoseando en el laboratorio de su extraviado intelecto toda clase de substancias, á despecho de la realidad, nunca vencedora para él, seguía viendo objetivadas sus ideas y creyendo firmemente en su teoría de la voluntad creadora, digan lo que quieran los naturalistas, y los físicos y químicos con su ciencia.

*
* *

En la vida he visto muchos locos como el loco de la huerta mágica.

O no ven la realidad, ó no quieren verla, ó fingen que no la ven.

Unos por vanidad, otros por egoismo, varios por tontería, muchos por pesimismo desconsolador, lo cierto es que, sanos

y muy sanos, hay personas que ven los tomates como rosas de Alejandría ó fingen que así los ven.

Entre ellos incluyo á los que van á paises remotos con un destinillo insignificante, y dicen á los que quieren oirlos:--¿Ustedes creen que yo he venido aqui por necesidad? pues no señor; parece como si fuese eso, y sin embargo, no lo es: he venido á tomar baños.—También incluyo á los que *se alegran* de perder la fortuna porque *se quitan de cavilaciones*, é incluyo asimismo á los que van siempre á dejar un destino cuando el destino les deja, y á tantos y tantos otros que imitan al hortelano de nuestra historia sin darse cuenta de ello.

Y es que los locos parecen á veces maestros consumados, con multitud de discípulos

PASCUAS DE NAVIDAD

No hay que hacerse ilusiones, ni vivir engañados canturreando coplas de otros tiempos, canciones ya en desuso que la civilización ha destruido, por que la civilización es así: á cambio de unas ruedas de maravilloso engranage, arranca una ilusión, que vale más que todas las ruedas engranadas, y por cualquier aparato de hábil mecanismo, destruye lo que vale mas que todas las combinaciones ingeniosas de la mecánica.

No es lo que digo anatematizar al progreso ni á todas la maravillosas conquistas de los tiempos actuales; es sencíllamente

echar de menos lo que ha desaparecido, lo que podrá tal vez encontrarse en los pueblos alejados de la vida mundana; pero lo que ya casi no hay en las grandes capitales, el hogar con todos sus respetos y tradiciones, con sus santidades é inocencias, ese hogar bendito, alumbrado por la fé, sostenido por el cariño, en que el padre, lazo inquebrantable de unión entre todos, es algo de lo que era el padre en aquellos pueblos orientales, donde la familia significaba unión fuerte, poderosa é indestructible.

En estos dias en que se celebra el nacimiento del Dios-Hombre, dias de festejos íntimos, que debían dedicarse á fortalecer la unión de todas las ramas con el común tronco, apena ver lo que se vé constantemente: la devoción frívola y mundana, sustituyendo á la fé sincera y arraigada en el corazón, las familias desunidas, la algazara, el ruido y el escándalo por todas las

calles, como si ahora se viviera en medio del arroyo.

Para sentir y pensar en estos dias, reconcentrarse en sí mismo, y vivir de memorias de tiempos pasados, es necesario marcharse lejos del interior de las ciudades, donde el pueblo celebra la fiesta de su redención con gritos de orgia mundana, sonidos disformes de miles de instrumentos destemplados, y canciones ridículas unas y obscenas muchas.

Los que en esta época sientan el deseo vivísimo de que resucite la lumbre del hogar, ya mortecina, no cometan la insigne ligereza de comunicar á nadie sus pensamientos, pues con seguridad que pagan su ligereza con la burla del que escucha, pues ahora ha convenido la juventud dorada de los modernos tiempos, en que son ridículeces añejas las tradiciones más santas, y jóvenes que apenas si saben leer, ya abominan de lo más grande, lo más hermoso y lo más profundamen-

te español, pues abominan de esas creencias y de esos respetos, que hicieron los hogares de la tierra del heroismo, verdaderos modelos de hogares, como pueden servir para demostrarlo nuestros antiguos códigos, representantes fieles de aquella solidaridad que hoy ha desaparecido, sustituyéndose por la desconfianza mútua, el sórdido interés, la desunión y el despego.

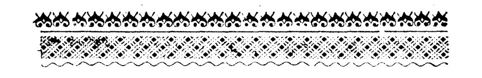
En estas Pascuas de Navidad se vé que algo falta á pesar de las modernas conquistas y del infatigable progreso; falta lo más necesario, lo que es vínculo de unión entre los seres; lo que liga, sujeta y une: la fe, la fe en Dios, que todo lo puede y todo lo observa, que es nuestro Creador y será nuestro Juez, misericordioso, sí, pero justo; la fé en el porvenir, que anima y da esperanza, la fé en los que son nuestra propia sangre; la fé en los que viven bajo una misma enseña ó una misma religión; se necesita la fé

como báculo que nos sostenga en nuestras debilidades y flaquezas, se necesita la fé como tónico en estos tiempos de anemias físicas y morales.

Y si los desengaños del mundo, la realidad con sus martillazos abrumadores, quitan el deseo de tener fé en los humanos, á impulsos de las perfidias y las vilezas de los seres, y por ellas mismas elevémonos en oración intima á Dios y tendremos el más grande consuelo de la tierra, á despecho de lo que opina la juventud dorada de los modernos tiempos.

Diciembre 27-94.





EL CABALLO MECÁNICO

(Leyenda Noruega)

I

Invanfil era un mécanico admirable, que hacía poco menos que hablar á las piedras, á las maderas y á los cartones.

Su fábrica de juguetes era una de las más grandes maravillas de la Noruega.

Los niños miraban á Invanfil como á un mago prodigioso y encantador: sus imaginaciones se alucinaban llegando hasta el delirio, al pasar por la puerta de aquel edificio suntuoso, donde se construían los magníficos trenes marchando aceleradamente

por encima de los rails de plomo articulados en varias piezas con objeto de poderlos colocar en la cajita de madera hecha exprofeso para guardas toda la vía férrea; aquel edificio, de donde salían las muñecas de ojos brillantes y pelo ensortijado, los eternos polichinelas, los tambores, sables, fusiles, trompos y caballos mecánicos.

No hubo niño en toda la Noruega que no soñara alguna vez con asaltar á Invanfil, llevándose los juguetes y divirtiéndose al mismo tiempo con todos ellos.

II

Durante algún tiempo, Ivanfil estuvo recluido en su fábrica, ocupándose en la construcción de un magnífico caballo, que, merced á misteriosos resortes, andaría, trotaría y moveríase cual si fuera natural.

Pidió privilegio de invención;

se lo concedieron; paso un año, despues otro, y muchos más, tantos, que los niños que desearon el Caballo, se hicieron hombres y tuvieron hijos que lo desearon tambien.

Un dia, Invanfil rompió su clausura, apareciendo en todos los periódicos y en todas las paredes, un letrero que decía:

EL GRAN CABALLO MECANICO

Exactamente igual que los naturales

Invanfil: constructor con privilegio.

III

Toda la Noruega impuber acudió á ver el gran invento.

El caballo, efectivamente, era un caballo como de carne, hueso y nervios, que corría velozmente sin más que montarse en él, que movía los ojos y la cabeza, y realizaba á la perfección todas

las funciones fisiològicas propias de los animales.

Aquello fué una desilusión completa.—¡Bah! Es lo mismo que los naturales!—decía el público.—¡Lastima de trabajo!

Muchos, á pesar de la probidad nunca desmentida de Invanfil, hasta llegaran á dudar de que fuese construido por él. Se figuraban que era un animal como otro cualquiera, que para venderlo á un precio elevado, quería hacerlo pasar como obra de sus manos y de su ciencia.

Resultado: la obra maravillosa se habia acercado tanto á la realidad, que produjo la más completa desilusión en todos, y además el caballo no se vendía.

IV

Invanfil murió del disgusto que llegó á producirle el fracaso de su constante labor, que sin dejarle gozar de los placeres de la vida, le llevó á la más completa ruina.

Había imitado tan bien la verdad y la vida, que debiendo considerársele como á un mago prodigioso, se le consideró sencillamente como el autor de una repugnante superchería.

El, cuando murió, vió con claridad que se había equivocado, y dispuso qué en su fábrica no se construyeran más que caballitos con peana de ruedas, que son los tradicionales, los más sencillos y los que se venden mejor.

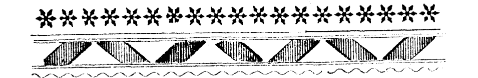
V

Invanfil dispuso en su testamento que se enterrara con él su gran obra.

Y descansan bajo una misma losa, el caballo mecánico y el caballero.

Y es fama en la Noruega, que se perdió para siempre el arte de imitar á la Naturaleza.

Y que tuvo la culpa el público incompetente é ingrato.



LA MOSCA MUERTA

(FÁBULA)

CANSADA, medio muerta de fatiga, arrastrándose por techos y paredes y huyendo de mil enemigos, el peor de ellos la escoba manejada por la mujer solícita é inteligente, camina una araña con sus patas largas y delgadas como alambres finos,

Quiere construir su famosa tela, pero todos los sitios le parecen malos, y va buscando la solución por los paredes, deteniéndose en los rincones

Hubo un momento en que nada le faltó para morir: la escoba, la famosa escoba—el

monstruo horrible—la persiguió un momento, y gracias á una viga protectora, tras de la que pudo esconderse, se libró de perecer.

La araña siguió su camino entre sustos y zozobras; hasta las hormigas se envalentonaban á su presencia, conociendo el miedo de que se hallaba poseida. Y fué una carrera de baquetas, sin baquetas.

Por fin llegó á un lugar sosegado y tranquilo. Pudo descansar un instante, y hasta comerse un pobre mosquito que acertó á volar por allí.

Al poco rato comenzó á trabajar á tejer con precipitación febril, con acierto y delicadeza encantadora.

Teje y teje pasó todo el día, sin descansar más que contadísimos momentos.

Llena de satisfacción contemplaba aquel finísimo encaje gris tan sutil y tan tenue. Esperó.

No venía nadie; el lazo estaba,

más no parecían los inocentes, y la araña sentía hambre, mucha hambre.

Cuarenta y ocho horas con un solo mosquito, es poco alimento después de un trabajo tan penoso de tejedora.

El hambre la obligó á alejarse de aquellos sitios, en busca de cualquier hormiga, ó de otro animalito de menor cuantía.

Acababa de alejarse la araña trabajadora, merodeando por el techo, cuando una mosca bobona y atontada dió un tropezón en la intricada red, y por mucho que pataleando y aleteando se esforzó por salir, consiguió solamente enredarse más entre los hilos, hasta el punto de cubrirse con tupida túnica que como camisa de fuerza la sujetaba, oprimiéndola hasta la asfixia, hasta la muerte.

La tela de araña la sirvió de mortaja y de dogal á un mismo tiempo.

Mientras se consumó el crimen

preparado; la araña, muertecita de hambre, no podía encontrar ni una migaja insignificante, ni un átomo de alimento.

Una lagartija cautelosa, con suerte envidiable, presenció desde su guarida polvorienta la muerte de la mosca, y cuando la telilla dejó de moverse dijo para su vientre la lagartija: Esto es hecho: todo ha terminado.

Se escurrió bonitamente, como deslizándose se llegó al *lugar de la ocurrencia,* y sin zozobras y tranquila, se dió un festin de mosca y tela de araña, que no recordaba otro igual en su vida ni en los tiempos de su esplendor...

Cuando llegó la araña, no quedaban restos del festín, ni el polvo siquiera. Quejándose de su suerte endiablada, le decía á una compañara:

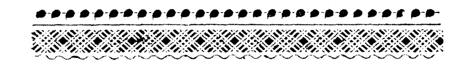
—¿Has visto que desgraciada soy?—y la otra decía:—Lo único que yo he podido notar es que eres muy precipitada: en la vida,

hija, es necesario acierto para trabajar y para aprovecharse de lo trabajado...

Al mismo tiempo, á un corro de lagartijas decía en tono doctoral la de nuestro cuento:

—¡Amigas mías!—En la vida no hay más que una cosa que valga: llegar á tiempo.





ANÉCDOTA ESTUDIANTIL

—+×+—

CUANDO llega junio mes clásico de los exámenes allá en la Península, aunque ya hace mucho tiempo que abandonamos la famosa incubadora de licenciados y doctores que se llama Universal Central, acuden á la memoria, *en confusión ruidosa pero grata,* todos los detalles y aventuras de la incomparable vida estudiantil, el periodo de la existencia más dichoso, y el que luego se recuerda con más amargura. Amargura, si, al considerar que por precipitación y ligereza, por desconocimiento del mundo, por lo que fuera, no nos dábamos cuenta exacta, precisa, de que al salir de allí no alcanzaríamos jamás goces tan intensos, tan repetidos

y fáciles. Usando la eterna metáfora de la copa, podriamos decir que á grandes sorbos bebíamos el placer hasta las heces... pero no lo saboreábamos, como después saboreamos el recuerdo. La ciencia de paladear, es ciencia de hombres maduros. Entre las anécdotas de la vida estudiantil, que ahora recuerdo perfectamente, voy á contar una á falta de mejor tema . . . . . .

Todos los años, al empezar el mes de diciembre, nos declarábamos en huelga los estudiantes, pidiendo vacaciones, es decir, *punto* (según el tecnicismo de la escuela) y todos los años sucedía lo mismo, nos conminaban con severas penas, con *dejarnos para septiembre*, por lo menos: formarnos *consejo de disciplina*, por lo más; ese *consejo de disciplina*, que engrandecia nuestra imaginación estudiantil, dándole proporciones de *consejo de... guerra*.

Y, como es natural, los pro-

fesores más tercos continuaban entrando en clase hasta que se convencían de lo inútil que era explicar á las paredes, los menos tercos, á la primera indicación se envolvían en los pliegues de su toga, con dignidad olímpica, y no parecían más por los claustros; los profesores aficionados á la oratoria encontraban pretextos para lanzar un *speech*, y nada más.

En resumen: era cosa convenida que á principios del mes de diciembre terminaban las clases. La tradición y las vacaciones se imponían. Los profesores, haciendo las naturales protestas, para que el principio de autoridad quedase triunfante, se marchaban tambien, y el más inverosimil silencio reinaba en los claustros, animados y bulliciosos de ordinario.

Un año, el de nuestro cuento, sucedió lo de siempre, ya previsto y descontado en el haber de la aplicación; tanto es así, que,

suponiéndolo, á principíos del mes se llenó la Universidad con obreros de todos los oficios, comenzaron á colocarse andamios, y cada rincon de la casa era un depósito de primeras materias y nn hacinamiento de útiles de trabajos...

Los organizadores de las reformas no contaban con la huéspeda, con nosotros, los estudiantes de tercer año, resueltos á jugar la más divertida, por lo absurda, de todas las bromas estudiantiles; estábamos resueltos á representar el papel de aplicados, asistiendo á clase hasta el último día, hasta el 23 inclusive, y, si querían, hasta el mismo de Nochebuena.

Aquella broma no fué de todos, pero si de la mayor parte. Habiamos visto que, suponiendo lo que de ordinario acontecía, ó sea que á mediados de mes no quedaban por la Universidad más que los bedeles, en todas las aulas dieron comienzo los traba-

jos de albañilería, y nosotros entonces discurrimos triunfar del obrero, poner al Decano y al Rector en el aprieto de mandar suspender los trabajos ya comenzados, dejándolo todo sucio, ó transigir con hacer los maestros de estudiantes, despidiéndonos á nosotros sus discípulos. Queríamos, enfin, que *ellos* se tomaran el *punto*, y que faltaran á la discíplina, representando nosotros el principio de autoridad, al desear que no se faltara á ella.

Creyendo que ibamos á cansarnos, como si en aquella edad las diablura cansaran, continuaron las obras.

El primer dia tuvimos que sentarnos en los pocos bancos que habia libres de yeso y cal; el segundo nos agrupamos al rededor del catedrático, en la plataforma, lo que nosotros llamábamos *la orquesta;* el tercero estuvimos poco menos que en pié; al cuarto nos trasladaron de local; al quinto nueva mudanza...

La Universidad parecía un derribo; pero nosotros impérterritos, por encima de cascotes y de montones de yeso, en comunidad con los albañiles, llegábamos á la puerta del aula, esperando tranquilos la solución, gozando con los continuados incidentes y conflictos que proporcionaba nuestra desusada é inverosimil *aplicación*.

Asi pasaba un dia y otro, el profesor explicando muy serio, comprendiendo ó no comprendiendo nuestra broma, nosotros escuchando las explicaciones y, los albañiles, llenándolo todo de ruidos, golpes y gritería, impropia de aquella casa, plantel de futuros sábios...

Por fin vencimos: un dia abandonamos el tiempo orgullosos y felices. Tubieron que capitular ellos ante nuestra terquedad. Los profesores nos dieron el *punto*.

Una mañana el catedrático de Civil, que gozaba de gran prestigio entre nosotros, dijo.

—Ya no es posible continuar viniendo; estas obras lo impiden. Pueden Vv. marcharse hasta pasadas las Pascuas.

—¿Pero de veras?

—¡Si señores!

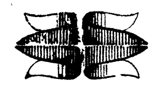
Entonces apuramos hasta lo último nuestra broma.

—Oiga V.—dijo uno—¿No podría haber por ahí un rinconcito donde nos explicaran?

Otros dijeron:

—¡Que lástima, ahora que las conferencias eran tan interesantes...!

El profesor nos miraba sonriendo. Debia comprenderlo todo, y sin duda nos absolvía en el fondo, en gracia de la envidia que sin duda le causaba nuestro buen humor.





¡OH LA BELLEZA!

Comenzaba el tercer acto de *La Africana* cuando Emma, sencillamente vestida de azul, con encajes blancos, penetró sola en su palco bajo del Real.

Emma era una mujer misteriosa y extravagante.

Unos la creían inglesa, otros norte americana.

Llegó á Madrid no se sabe como, y desde el primer momento produjo asombro profundo por su extraordinaria belleza.

Siempre estaba hermosísima, causando la incondicional admiración de todos; pero como aquella noche en el Real nunca.

Desde su entrada nadie escu-

chó canto ni música, lo único que se hizo fué mirar á Emma, contemplarla ansiosamente, clavar los ojos en ella, y no separarlos de ella en toda la noche.

Emma sonreía como orgullosa de su triunfo, y la sonrisa iluminando su rostro le prestaba un superior encanto...

La admiración continuaba... Emma dejó de sonreir. Sin duda aquello iba haciéndose demasiado insistente.

Notaron entonces los que la miraban, sus constantes admiradores, que se quedó algo pálida, de rabia talvez, y se levantó, andando por el palco, y ocultándose despues tras las cortinas, para salir en breve, abanicándose mucho, como si estuviera nerviosa.

Volvió á sentarse mirando al escenario, y seguramente avergonzada de tanta admiración, dejó caer el abanico y apoyó los brazos encima de la falda, inclinando la cabeza hermosísima

sobre el pecho, y permaneciendo inmóvil. . . , ...

Todás las miradas continuaban fijas en Emma, ansiosas, contemplándola. En los rostros de los hombres estaba retratada esa admiración suprema de los grandes momentos.

En la fisonomía de las mujeres se reflejaba la envidia rabiosa é impotente.

Fué un triumfo superior á todos los triunfos. Una victoria unánime, completa, absoluta. La belleza imponiéndose á conveniencias sociales, revolucionando los sentimientos, congestionando las cabezas, y haciendo latir los corazones.

Nunca se dió; seguramente, una mayor y más perfecta unanimidad en el pensar. La belleza de aquella mujer ocupaba como única idea los cerebros de aquel numeroso gentío.

Ella permaneció con la cabeza inclinada sobre el pecho y los ojos bajos.

Sus brazos y hombros eran de una blancura mate fina, como blancura de hojas de camelia, y de una pèrfección de líneas superior á la de cuantas mujeres existe. Su pelo negro, brillante, con tonos azules, se recogía hacía arriba, y así como al descuido sugetaban su desbordamiento finas y doradas agujas con brillantes, que reflejaban en sus facetas los rayos de luz que recibian, iluminando con destellos penetrantes de faro en noche oscura, aquellas ondas que abanzaban culebreando en rizos hasta la frente, alli resaltando sobre su intensa blancura y sombreándola... No se veían sus ojos; pero bajo los sonrosados y caidos párpados que, sin sér transparentes lo parecían, se adivinaba todo el ardor meridional interior, profundo, de dos pupilas negras, lumínosas rodando en córneas de tintes azulados...

La nariz correctísima, la tez de blancura inmaculada, y la

boca tentadora, provocativa, aún cerrada como estaba...

En toda su escultural cabeza había una tan graciosa combinación de líneas, que parecía obra de un escultor sublime enamorado del ideal supremo de la belleza, que hubiera podido hacer su obra, trabajando en palpitante carne, llena de vida.

Aquel numeroso público pendiendo de aquella mujer, la contemplaba devorándola con los ojos, y con más ardor la miraba, con curiosidad no satisfecha, desde que ella sin duda avergonzada ante la desbordante admiración, inclinó la cabeza y cerró los ojos quedando en actitud de estátua.

Aquella mujer, que parecía dormida, acaso sonreía con recuerdos de su pátria, tal vez pensaba en un hombre. ¡Oh éstas norte-americanas! ¿Sería capaz, en medio de aquel elegante concurso, estático, adorándola, de haberse quedado dormida abs-

trayéndose de cuanto la rodeaba, y soñando en sus amores? ¿En vez de sentir rubor sentiría desprecio, suprema indiferencia?... Y la admiración cada vez iba en aumento, y la mujer siempre inmóvil. Á la salida fué la congestión suprema, un espasmo, una corienle eléctrica, un delirio. Aquella mujer de belleza incomparable, indescriptible, superior á las concepciones del pensamiento, permanecía quieta, rígida, y al tener que abandonarla, parecía más hermosa... Algunas personas fueron saliendo reacías, mirando al palco. Otras permanecieron esperando el primer movimiento de Emma ..

La mayoría se dirigió al *foyer* para esperar la salida... Emma seguía sin moverse.

Pasó algún tiempo... Se hizo necesario que un acomodador fuese á avisarla. La puerta del palco estaba cerrada.

La abrió, se acercó á ella, y...

nada; movió un poco la silla, sin duda demasiado fuertemente, y Emma, con la rigidez del cadáver, cayó al suelo, y quedó allí tendida en medio del palco, destacándose en el oscuro fondo del suelo su trage azul y su blancura marmorea.

El acomodador salio dando gritos, acudió gente, subieron al palco, y sin atreverse á entrar, todos quedaron frios de espanto... Se preguntó por un médico, y se acercó un jóven, uno de los que se habían quedado esperando para verla. Se adelantó, se inclinó sobre ella, desabrochó el vestido, la auscultó, la miró á los ojos, y volviéndose á todos, que seguían anhelantes sus movimientos, les dijo:

—Muerta sin duda ninguna, y hace algún tiempo, lo menos cerca de dos horas, á poco de entrar en el teatro, tal vez desde que inclinó la cabeza...

Y despues temblando, pálido al mirar aquella hermosura muer-

ta, dijo como para si tristemente:

—Toda la noche hemos estado, locos, delirantes, febriles, admirando la belleza de una mujer, que era un cadáver...





DESBARBATACIÓN

Sr. D. Saturnino Sabadell.

MI QUERIDO AMIGO:

En la crónica de la pasada semana que pública *Manililla* lanza V. á los cuatro vientos, es decir á todos los vientos del cuadrante, una palabreja mía algo desfigurada que es la que sirve de epígrafe á esta carta.

Y añade V. que esta palabra la he inventado yo para poder definir á mi gusto «el grado máximo de lo que ya no tiene manera de expresarse en el lenguaje corriente, que, dígase lo que se diga, es bien pobre para dar idea de todo lo que se piensa y discurre en nuestros dias.»

Exacto. Faltan palabras, digo yo, como el Sr. Jimeno Agius dice que sobra ortografía; y no solo faltan palabras, si no que hace falta asimismo que de las existentes se saque todo el partido posible, rompiendo alguna vez con la tradición clásica, con la Jurisprudencia sentada por el Tribunal Supremo de la lengua, que se llama Academia Española. Es preciso *trabajar* más el lenguaje, hacer giros nuevos, composiciones sintáxicas no usadas todavía, como medio posible para dar la luz y fuerza necesaria y conveniente, á la palabra expresiva de la idea ó de la sensación que trata de definirse.

El lenguaje es algo, permítame V. la comparación, como una masa, que para hacerla tomar forma precisa, es necesario antes darla mil vueltas, estrujarla, oprimirla, extenderla cuanto se pueda, como una lámina, arrollarla nuevamente, alargarla, unirla ..

lograr, en fin, que se ablande... Esto se llama *amasar* el lenguaje,.

Los famosos enciclopedistas, hicieron este trabajo rudo, *amasaron el francés*, y así después, los escritores de hoy han podido dar formas tan admirables á la masa...

Los estilistas franceses modernos, ¿como hubieran podido producir sus brillantes y deslumbradoras páginas, sin la intervención y gigantesco trabajo de estos *amasadores*?

Es necesario inventar palabras, gíros, construcciones que vayan derechos á la expresión, á reflejarla con exactitud, siquiera sea preciso para ello romper con este falso juego de vocablos de los modernos puristas, que dejan helados cuando se leen.

Esta necesidad es imperiosa, se siente por todos, porque, á transformaciones del mundo, transformaciones del lenguaje. El siglo diez y nueve con sus

profundos estudios hechos en las ciencias exactas, en las ciencias médicas, en el derecho penal, ha traido una série indefinida de ideas y sensaciones complicadas y nuevas; y como el lenguaje avanza también; pero no con la misma velocidad, nos encontramos con mil cosas imposibles de definir, ó que se definen y describen muy mal con los actuales moldes.

Yo no puedo decir, por que soy profano completamente en la materia, que idioma ha realizado más adelantos en este siglo, cual el es que ha marchado transformándose más al igual de las modernas conquistas; pero me parece (¡con que gusto confesaría haberme equivocado si persona inteligente y perita me demostrase lo contrario!) que no va á la cabeza nuestro idioma castellano...

No desconozco que en estos tiempos que tocamos, es un decir, porque el tiempo no se

toca, los escritores buenos llevan cada una su granito de arena para la montaña. Pereda, haciéndonos conocer palabras, giros y modismos, que ya nos son familiares, procedentes de Santander y pueblos colindantes, coto cerrado ya para todo el mundo, dónde impera literariamente, como rey absoluto, el inmortal autor, del inmortal *Pedro Sanchez*, Galdós, expresando todo con su sencillez característica y su madrileñismo, la Pardo Bazan con sus frases gallegas y las que inventa (que esta ilustre escritora forma entre los revolucionarios) y tantos y tantos otros, que por no hacer la lista interminable no cito. Algo se hace; pero es preciso más, mucho más.

Si, mi querido Sabadell, sería preciso hacer otra clase de trabajo en nuestro castellano, que consistiese en dejar á las palabras en su verdadero significado, que hemos cambiado y corrom-

pido con el trato usual, sacándolas de sus naturales límites, empequeñeciéndolas ó inchándolas á modo de globos, y como el lenguaje es convencional, ya en el uso nadie las da su significación de diccionario, si no aquella desfigurada que tienen en el mercado de la vida.

¿Quiere V. un ejemplo? pues va con la palabra *admirable*, como pudiera ir con cualquiera otra.

Admirable se llama hoy á todo lo que agrada, lo que gusta, lo que satisface, ó lo que fingimos que agrada, que gusta ó que satisface; lo hacemos sinónomo de *está muy bien*... y no es eso. Aqui tiene V. una palabra empequeñecida. ¿Y que resulta con ello? que por ley, ésta si que verdaderamente admirable, para expresar lo que nos entusiasma, lo que nos admira realmente, convencidos de que las palabras con que debiera expresarse la idea están corrom-

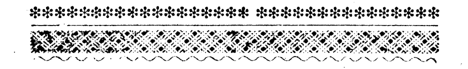
pidas y gastadas, de un *salto atras*, atavismo del lenguaje, nos marchamos á las frases que indican todo lo contrario, por ley de reacción, y decimos de una obra grandiosa «Aquello es monstruoso,» y de su autor: «Es un monstruo, es un bárbaro.»

Así de esta manera... y de otras, se echan á perder los idiomas.

Como es la materia casi interminable, es necesario cortar por algún lado, y aqui lo dejo, diciendo como al principio «Faltan palabras, y muchas de las existentes deben quitarse los disfraces.»

Mayo 1889.





EL OLVIDO

—•◦•—

CREÁNME Vds.—decía Luis,—si aquella noche no me postra la calentura, hago un disparate: me pego un tiro.

Fué una crísis inolvidable. Cuando la ví enamorada de otro, ó fingiéndole amor, creí volverme loco. Aquel golpe, demasiado violento, trastornó mi organismo, y me produjo una fiebre de 41 grados... sobre cero, que es la temperatura de la sangre hirviendo, de los glóbulos rojos en ebullición.

Á poco de acostarme, sentí un fuerte pinchazo en el corazón, como si clavaran una aguja. Me desperté; abrí los ojos, y efectivamente, un diminuto duendecillo, tamaño como el dedo

míñique y aún más pequeño, me estaba clavando una aguja dorada, tan fina y sutil que parecía un rayo de luz.

Quise mover las manos y los pies para arrojarle lejos de mi, y no pude hacer ningun movimiento. Estaba como cataléptico.

Aquel genio, ó duende, no podrá olvidárseme nunca. Blanco, con blancura amarillenta mate, de aspecto fúnebre, con ojos de mirar tan frio que parecían pintados en el rostro, y recubierto su cuerpo de negros girones adornados con cascabeles, hacía la figura más rara que puede concebirse.

—¿Quién eres tu?—pregunté.

Y con voz que parecía venir de lejos, como la que sacan los ventrilocuos, respondió:

—Yo soy tu salvación, la dicha de la humanidad; la esperanza de todos. *Soy el olvido.*

—¿Á qué vienes y que pretendes?

El geniecillo dió un salto, y,

por toda contestación, de los piés de la cama trajo una preciosa cajita dorada, que allí habia colocado, y la abrió. Estaba llena de extraños aparatos que parecían de cirugía; pero todos relucientes y brillantes.

—¿Y que es eso?

—Mi caja de operaciones quirúrgicas. Con ella realizo yo, y con otras iguales realizan mis compañeros, todas las curas maravillosas que nunca nos ha de agradecer bastante la humanidad.

—¡Tus compañeros!

—Sí: Como tenemos que estar siempre donde hay un dolor, ó un sufrimiento del espíritu; como tenemos órden de no faltar nunca á ninguno, por fuerte y terrible que sea, hemos tenido que multiplicarnos hasta el infinito. Nunca estamos quietos, caminamos con la velocidad del rayo, y de un millon de operaciones, salimos mal de una, y eso por influencias de extraños agentes.

—¿Y cuantos sois?

—No lo recuerdo.

—Es claro, como que eres *el olvido*.

—Tiene gracia. Tal vez eso es prueba de que vas teniendo la inteligencia despejada. No he hecho más que clavarte la aguja, y ya se conoce la mejoría.

—Mentira—rugí furioso;—ni tu lograrás conmigo nada...

El geniecillo daba brincos de alegría moviendo los cascabeles, y gritando. ¡La misma monomanía de todos los señores humanos; nadie se libra de ella! Tiene gracia, creer eternos el dolor y la tristeza, creer eterna la pasión! Tiene gracia tiene gracia, y saltaba ebrío de alegría...

—Bueno; pues, aunque te rías, insisto en ello; ní tú lograrás nada de mi, ni es verdad que acudís á todas partes...

El geniecillo, grave como un magistrado, repuso:

—Á todas, te lo juro. Ahora, exigir que lleguemos inmediata-

mente, es una pretensión ridícula, imposible de realizar: necesitariamos ser millones de millones. Que nos den tiempo, un poco de espera, no impacientarse, y se verá como siempre acudimos.

Hace poco-dije-murió aquí, á mi lado, á dos pasos de esta casa, una mujer á quien un hombre engañó y abandonó después.

—Los humanos hablais por apariencia siempre; eso que has contado es mentira: Murió de otra cosa, de una enfermedad grave y cruel: pero no de amor.

—¿Y me querras negar que por amor mueren algunas personas?

—No te lo niego, muy pocas; pero eso no prueba nada. A veces sucede que yo ó cualquiera de mis compañeros vamos á una casa, y cuando ya estamos muy cerca, nos dicen que la persona á quien vamos á salvar ha muerto: temperamentos débiles, organismos poco vigorosos, mal

dirigidos, y, más que nada, almas sin fé y sin resignación, que siendo tan palpable la existencia mía y de mis compañeros, la niegan, sin embargo, y se matan violentamente, ó se dejan morir poco á poco. Eso es lo cierto. Nuestro lema es: «Calma, un poco de paciencia; que siempre llegamos.» Pero en fin, se pierde un tiempo precioso, necesito estar inmediatamente en otra parte: anda, duérmete para operarte.

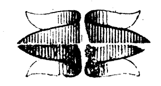
—No quiero, no quiero,—le dige.

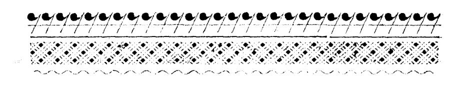
El geniecillo, sin inmutarse, sacó de la caja un martillo dorado, me dió en la sien un golpe muy fuerte, y quedé sin conocimiento. Solo si percibia en el corazón fuertes latidos y una angustia suprema, como si me lo desgarrasen.

Cuando recobré el sentido, estaba en la cama y al lado el médico.

—Todo aquello—terminó Luis

—sería efecto del delirio, ó de la morfina, tontería: pero lo recuerdo perfectamente, con tal intensidad como si hubiera sucedido, más aún, y el hecho es que á la mujer aquella, desde la noche que he contado, la empecé á olvidar, tan deprisa, tan deprisa, que hoy me cuesta trabajo recordar su fisonomía.





LA CIUDAD DE NAVIA

No es tal ciudad hoy, ni lo fué nunca; pero ciudad la llaman en la crónica de la cual he sacado la conseja que voy á referir, y por eso conservo el título, y lo quiero como epígrafe.

Navia, la asturiana (que hay otras gallegas), es un pequeño villorio cerca de la capital, en la orilla del río que lleva el nombre del pueblo (ó viçe-versa.) Unas cuantas casuchas diseminadas, una iglesia, un granero con honores de escuela, y un Ayuntamiento con un balcon *talmente* (como ellos dicen) mas grande que el de Pilatos, componen la ciudad. . y en ella (entra la crónica), allá por los años en que vivió el abuelo de mi tatara-

buelo, estaban aterrados los habitantes, por que de vez en cuando aparecía un inmenso monstruo de cien cabezas por lo menos, dando tales resoplidos, que hacía retemblar las casas, y aún las destruia, como la cosecha, los árboles, y todo cuanto á su paso hallaba.

Como el monstruo, aunque apareciese muy de tarde en tarde, lo cierto es que se presentaba de improviso, cogiendo á todos descuidados, produjo grandes destrozos, y muchas muertes.

En cierta ocasión reuniose el Ayuntamiento para acordar como podrían evitarse las sorpresas, y que medídas se tomarían para verle llegar de lejos, y tener tiempo á lo menos para guarecerse y prepararse á la lucha.

Tras de mucha discusión sin fruto, álguien dijo que lo más práctico era colocar en lo alto de la torre de la Iglesia al hijo del tío Lesmes, un diablillo más listo y alegre que unas castañuelas,

y con unos ojos con los que veía crecer la hierba, ó poco menos...

Se gratificó al padre, accedió á que su hijo sirviera de vigia, y alla tenemos al niño convertido en anteojo, subido en lo alto de la torre, sin más obligación que mirar de vez en cuando á un lado y otro durante el día, que durante la noche no era posible privarle del sueño, y puesto que nada veíase, se colocó á otro muchacho que pasaba por tener un oido tan fino, que sentía el pisar de la hormigas á muchas varas de distancia.

Á los dos centinelas se les encargó que si el monstruo venía lejos, tocaran la campana pequeña de la torre; si muy cerca, la grande, y si se veía parado... como en la torre no había más campanas, tocarán el esquilón del Ayuntamiento, con que presidía las sesiones el alcalde, que se vió privado de él, casi sin autoridad, en aras del bien común: *Salux populi*, etc.

Tomadas las precauciones dichas, los vecinos quedaron tranquilos, sin saber los infelices lo que les aguardaba.

Los anteojos humanos concluyeron con la paz y la dicha de la comarca. Desde entonces no cesó el más estruendoso companeo, de día y de noche.

Ya era la campanota grande, ya la pequeña esquila, ó el cencerro con que se hacía guardar orden á los concejales.

Unas veces que los muchachos se equivocaban y creyendo cerca al monstruo, no estaba ni cerca ni lejos, otras que efectivamente venía; pero mucho antes de llegar al pueblo tomaba otro camino; algunas que llegaba á las mismas puertas y se volvía, sin contar que los maliciosos llegaron á decir que en ocasiones tocaban por tocar los rapazuelos, el hecho y resumen es, que la gente toda andaba sobresaltada, siempre escuchando ó temiendo escuchar el campa-

neo y que no hubo punto de reposo ni tranquilidad en la comarca.

Las labores del campo quedaban muchas veces paralizadas; pues al escuchar la señal de aviso de que el monstruo se acercaba, los campesinos corrían desolados á guarecerse en sus viviendas, y ni la siembra ni la recolección se hacía á conciencia, si no de prisa, de mala gana, y con largos intermedios.

Los niños y las mujeres vivian en continua zozobra, escondiéndose en sus casas, sin querer salir por miedo á encontrarse con el monstruo que las campanas anunciaban.

La vida era insoportable. En el pueblo de Navia no se hablaba de otra cosa y el miedo se apoderó del ánimo de los más esforzados.

Y sucedió que por entonces, empezó á desarrollarse una enfermedad que nadie sabía su diagnóstico, y no digo el pronóstico, por que la esperiencia

enseñaba que el mal tenía como término la muerte.

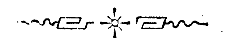
Y cuentan que murieron casi todos los vecinos, y que los vigías murieron también, y que, afortunadamente, los pocos que quedaron, vivieron tranquilos, por que cesó el aterrador sonido de las campanas. Y el monstruo no llegó, y aún no se sabe la época en que llegará.

Y na más. ¡Ah, si! que en una discreta y bien razonada crónica que de aquellos tiempos pude hallar, y de la que, según dicen, es autor un médico, se encuentra la clave de todo, en los dos párrafos finales que copio á la letra, y que dicen así:

«É todos fallescieron, é non de muerte natural, si non por encogemiento del espíritu que llaman miedo. Y aún yo ví de alguno que medroso y pazguato, sin atender á su fenecimiento, aplicaba agonizante su oreja, cual si temiese escuchar campaneo.»

Y termina la crónica;

«Es bueno y justo, precaución oportuna que evite males á las mulieres é los omes, pero non exageradamente, non con abuso, que produce dañamiento del corazón por los muchos sobresaltos que ocasiona, é por evitar un mal, se cae en otro peor, y aún puede sobrevenir locura ó muerte, por demasiada tirantez del espíritu.»





UNA CONSEJA

—Venga pastor, un romance
con honores de conseja,
que mientras el viento sopla
en las faldas de la sierra
y la nieve, silenciosa,
va descendiendo y blanquea
los tejados de las casas
y la torre de la iglesia,
al calorcillo que sale
de las brasas que chispean,
quiero escuchar un romance
popular, de vuestra tierra.
—Uno se me ocurre, y triste
—Buen hombre, el romance venga
—Dice así: prestad oido
y escuchadme con paciencia.
«Aquí en el pueblo vivía
una zagala tan bella,
que los zagales andaban
muertos de amores por ella,

sin lograr una mirada
ni compasiva, ni tierna,
que en hablándola de amores
no fue tan casta Marcela
la del *Quijote*, que andaba
por los montes y las breñas
y nadie pudo rendirla
y nadie nadie pudo vencerla;
no fué tan casta, repito,
ni tan cauta como esta
zagalilla de mi cuento.
Segun se dice y se cuenta,
los requiebros esquivaba,
las amorosas protestas
de sus galanes, oía
altiva, airada y soberbia,
é iba sembrando el vacío
á su alrededor, protesta
de los ociosos zagales
que nada lograr esperan
de aquella noble matrona
tan hermosa, altiva y séria.
Entre todos, uno había
con una pasión de fiera
que rayaba en el delirio,
en la locura más ciega;
tanto la quiso, que al ver
inflexible, fría y terca

á la mujer adorada,
quiso matarse por ella,
y ya un día, enfurecido,
sin esperanza siquiera
de lograr sus ilusiones
en esta misera tierra,
viendo que ella no le quiere
y, cansada, le desprecia,
en un momento terrible
de ceguedad y torpeza,
tras de lágrimas y ruegos
y súplicas y ternezas,
puesto que nada consigue
asesina á la doncella,
y muere la pobre jóven,
tan virtuosa y tan buena,
sin tener otro delito
que el no querer á la fuerza»
. . . .
—¿Y aquí termina el romace?
—Escuchadme con paciencia:
lo más sabroso ahora va.
«Al asesino se encierra
y se le forma un proceso
con más folios y más letras
y más firmas de escribanos
que en un archivo se encuentran
Y en conclusión, se decide

que no debe sufrir pena
porque hubo amor, y arrebato,
y obcecación y flaqueza,
eximentes y atenuantes
y todo lo que V. quiera:
en resumen ¡á la calle:!
el libre, la mujer muerta
—¿Y se concluye la historia?
—La terminación se acerca:
dos palabras, y acabóse.
el romance y la conseja
«El zagál pasó dos años
cosi loco de tristeza;
pero el tiempo, que termina
los amores y las penas
y todos los sentimientos
los transforma y los altera,
hizo llegar el olvido
con su corte lisonjera
de alegrías sin motivo
y esperanzas halagüeñas,
y en fin, que el zagal unióse
á una linda zagaleja
y fué dichoso y feliz
por siempre jamás... etcétera.
¡Ah! la pobre asesinada
nadie dice que volviera
por este mundo traidor

de dolores y de afrentas.

Nada más: los que me escuchan
que saquen la moraleja.»
—¿Quiere V. que yo la diga?
—Por mi parte enhorabuena.
—Pues vaya: «El amor es cosa
de que se abusa en la tierra
para disculpar horrores
y crímenes y miserias,
y de amores se varía
con muchísima frecuencia;
por lo tanto...—Comprendido
sí señor, esa es la buena:
ha dado V. en el clavo
y acertó la moraleja.



LOS PLAGIOS.

Me parece indiscutible el hecho de que hoy se lée más y mejor que antes. Ignoro si se venderán mayor número de libros que en tiempos anteriores: creo que sí pero; aún que no, puede afirmarse que la lectura se ha extendido á más número de personas, y que éstas léen con reflexión y espíritu crítico superior, por ejemplo, á los tiempos de *El Curioso Parlante*, *Figaro y El Solitario*.

Y digo que la venta de libros no puede ser causa de modificar nuestras opinión, pues ya es sabido que en España, prestar libros es cosa tan corriente y usual que no se dá importancia al

hecho, y los que usufructuan la obra, no se consideran obligados ni siquiera á dar las gracias al dueño.

Decía que hoy se lée mucho mejor y más que antes; y para convencerse, no hace falta otra prueba que reparar en lo deficientísima que era la ilustración de los más eximios escritores de los tiempos de nuestros costumbristas, de Mesonero y compañia.

Y no vaya á decirse que los de hoy saben más, por que desde entonces se ha publicado mucho y bueno, y eso lo saben los de ahora y no pudieron saberlo con anterioridad á su publicación los escritores de ayer. No es eso.

Muy buenos libros, hoy popularizados y. que entonces no se leían, tienen mayor antigüedad, son muy anteriores al tiempo en que *Fígaro* decía de su época turbulenta, indisciplinada y descreida, que «la despreocupación era la mayor preocupación de aquellos tiempos.» *Aquellos tiem-*

pos en que tenía á gala el escritor más notable de entonces, el expresado *Figaro*, no citar nada de autores extranjeros; *aquellos tiempos* en que no se conocía á Moliere más que por las traducciones que unos años antes hizo Moratin, el inmortal autor de *El Sí de las Niñas; aquellos tiempos* en que los mejores críticos andaban á cero grados en conocimiento de literaturas de otras naciones.

Entonces el que plagiaba ó arreglaba confesándolo, era siempre un literato que podía ser tenido por escrupuloso, pues la *guardia civil literaria* era tan poca, tan exigua, que la detentación, el apoderamiento, quedaban impunes en la mayoría de los casos. Hoy se copia ó se desfigura algo de cualquier libro, por extraño que sea y por antiguo, ya escrito en ruso ó en noruego, y no hay cuidado de que pase desadvertido el hecho; más tarde ó mas temprano, nunca falta uno de esos

indivíduos de *critica policiaca* que salga diciendo: «Señores, aquí hay engaño, nos dán un plagio servido como trabajo original.»

Esta *guardia civil literaria*, abusa un poquito, mejor dicho, exagera. Los tiempos actuales se distinguen no por los plagios precisamente, sino por la monomanía absorvente de creer que todo es plagio, y todos vivimos plagiándonos los unos á los otros.

No hay literato moderno al que no se haya acusado de plagiario. No se han librado ni las más indiscutibles eminencias: sirvan de ejemplo Tamayo, Campoamor y Galdós.

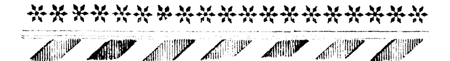
Pero sucede que la verdad, al fin y al cabo queda en su puesto, y el tribunal de la opinión pública sentencia siempre con verdadera justicia.

Es deplorable el abuso que se hace de la palabra *plagio*, y digno de lamentar el tiempo que inútilmente pierden algunos es-

critores discretos y sensatos, en buscar, (retorciendo y desfigurando textos) coincidencias de ideas ó imágenes, que muchas veces no resultan y, aun resultando, carecen de importancia.

Pero si es muy conveniente la censura del abuso, no debe negarse que la tendencia es buena y hay que aplaudirla, porque demuestra palmariamente que se lée mucho y bien, que hay más franqueza, que se extiende el conocimiento de los idiomas, y que no es posible engañar incautos con la facilidad que en los tiempos antiguos.

Censuremos el abuso, conforme; pero aplaudamos el uso legítimo, para que nadie pueda engalanarse con plumas ajenas, mejor dicho, con los productos de esas plumas.



MARTILOGIO

JUAN TENIENTE

Pidió venir á Filipinas, porque la necesidad se impone, ahoga los más profundos sentimientos, mata todas las esperanzas.

No ascendía, la columna inmensa de nombres que, sobrepuestos al suyo, veía todos los años en aquel interminable escalafon, aquella inmensa columna que á el se le figuraba pirámide egipcia indestructible, iba achicándose con lentitud desesperadora.

Y, por el contrario, sus niños, sus hijos, aquellos pequeñuelos que eran su ilusión, su vida,

marchaban hacía arriba, creciendo tan de prisa, que de niños se transformaban en hombres, sin haber logrado el pobre teniénte transformarse en capitán, para ganar unos cuantos pesos en la paga, con que atender á las apremiantes necesidades, que en tropel avanzaban siempre, angustiando de tal modo que ya era materialmente imposible vivir. La miseria se enseñoreaba de aquel pobre hogar destartalado y frío, y fué necesario, para la existencia y la educación de aquellos pobres séres, que el padre de familia abandonase el hogar, se separase de sus hijos, y viniese á Filipinas, á costa de la más grande de las torturas, de la más suprema de las angustias, al lado de la cual todos los dolores son llevaderos y todas las penas tolerables: la angustia y la tortura que produce separarse de sus hijos, á distancia de miles de leguas, en busca de un pedazo de pan.

Y llega á Filipinas el teniente ese, cualquiera, Juan Teniente, y aquí empieza su lento y continuado martirio, no interrumpido jamás; diario y constante.

La mitad de la paga tiene que girarla allá, á su casa, y con el resto debe vivir y ahorrar, combatir los rigores del clima, las enfermedades, sí sobrevienen, y atender á los gastos extraordinarios por los mil compromisos que la vida ocasiona, aun á los más alejados de las pompas mundanas.

Y Juan Teniente, mientras tantos ¡y tantos! ván en coche propio, se permite sólo en extraordinarias ocasiones el lujo de ir en tramvía, y no vá á diversión alguna porque cuestan caras, y no puede tomar las medidas higiénicas que recomiendan los médicos, porque eso es manjar de ricos, y solicita los más retirados destacamentos por el afán constante del ahorro, y vive, en fin, una vida de privaciones, sin

otro placer que recibir cartas de *su tierra* y saber que Ricardo, *su Ricardito*, ha salido sobresaliente, ó que Pepita, la niña, está *muy espigada*, la miran los muchachos y el mejor dia da el gran notición... se casa.

Juan Teniente, año trás año, pasa la vida de este modo, hecho un recluso, gastando solamente lo indispensable para no morirse, y pensando siempre en el regreso, en marchar al lado de los suyos, que le esperan ansiosos...

Pero, no; es necesario que antes Ricardo *se ponga en carrera*, entre en una academia ó curse una facultad, y que para el demonio de la chiquilla, que es un sol, se reunan unos cuartejos, pocos; pero los suficientes para *los trapitos de casarse;* vamos, no el dote, pero sí el ajuar.

. . . .

Y sucede muchas veces lo que en ley de inflexible lógica debe suceder: que Juan Teniente, á fuerza de mal vivir; se muere en

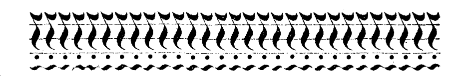
cualquier rincón del Archipiélago, lejos de los suyos, sin consuelo de ninguna clase en lo humano.

Y sucede también que ellos, cuando menos se lo esperan, acaso en dia relativamente alegre, en que se reunen todos muy juntos para la leer la carta del padre, llega una carta y no es de él, es de un extraño que dá noticia de la muerte de cualquier manera, de prisa y corriendo para acabar antes... ¡Aquella noticia que viene á destruir completamente un hogar santo, bendecido por Dios!.

Y... nada más. Después de eso, los expedientes administrativos, de los cuales resulta que la viuda de Juan Teniente debe percibir... ¡cuatro cuartos!, mucho menos que los que percibía antes de marcharse á Filipinas el pobre hombre. En resumen: que no ha resultado *la combinación*, y que de la inmensa pirámide de nombres que veía siempre en el

escalafon Juan Teniente, ha desaparecido una pequeña arista, ha desaparecido un nombre, el de Juan Teniente, que pasa á ingresar en el Martirologio.





TIPOS DE ALLÁ
EL COLILLERO

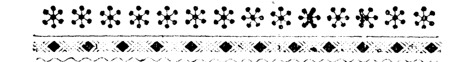
Con su cara de pilluelo
granujilla de prosapia,
el cabello recogido
en una gorra aplastada,
que le sujeta y oprime
las *chuletas* ó *persianas*,
la blusa azul que se anuda
por delante, como gracia;
los pantalones muy rotos,
y por zapatos de gala
girones de mal becerro
que ni le abrigan ni tapan;
sin otras armas que un bote,
un bote de hoja de lata
que lleva colgado al cuello
con más orgullo de raza
que si fuera el Toison mismo
con brillantes y esmeraldas,
en Madrid el colillero

es la figura acabada
del pillastre de plazuelas,
de mercados y de plazas.
Va recogiendo colillas
con sagacidad y calma:
las mejores .. se las fuma;
las peores... se las guarda,
y cuando llena su bote,
su bote de hoja de lata,
¡al Rastro! á venderlas todas
en una humilde covacha,
donde un trapero de viejo,
después de verlas, pesarlas,
poner doscientos reparos
y sacar trescientas faltas,
á adquirirlas se resuelve,
se las compra, y se las paga
en mugrienta calderilla
borrosa y manoseada.
Con el dinero, gozoso,
ufano y alegre, marcha
camino de las Peñuelas,
ó camino del que llaman
el barrio de las vistillas,
el de la gente *barbiana*,
tan popular y famoso
por sus chisperos, sus majas,
sus rondas, sus alguaciles,

sus amores y jaranas,
y todo el alegre ruido
de las costumbres pasadas.
Se reune allí con otros
chiquillos de su calaña,
y juega al *chito* ó al *trompo*,
á la *tona* ó á la *barra*;
y el colillero, dichoso
y animado, bulle, salta,
alegre, feliz, lo mismo
que jilguerillo que canta
un día de primavera
entre las verdosas ramas.
Si pierde, á buscar colillas
por las calles y las plazas,
otra vez á la tarea,
otra vez á las andadas;
pero si llega la buena
y el colillero les gana,
y se quedan los compinches
tan pelados como ratas,
no se cambia ni por Róschilt
ni por Wanderbilt se cambia.
¡Sus ínfulas de banquero
el demonio las aguanta!
Deja el bote arrinconado,
un puro enciende, y se lanza
á lucir su personilla

y á mirar á las muchachas
que venden *los veinticinco*
ó las cerillas, *sin trampa*
ni carton, como pregonan
á voces las desgraciadas...
Una advertencia: del puro
que vá fumándose, guarda
la colilla. Aún siendo rico,
es siempre fiel á su casta,
y no se desdeña nunca
por cogerlas y guardarlas...
¡Olé por el colillero,
el pilluelo de más gracia
entre todos los pilluelos
de la capital de España!





LA MUERTE DE UN ANGEL

Mañana muy temprano iré. Estarás en tu casa esperándome, ¿verdad María?

—Si... ¡con impaciencia!...

Se estrecharon las manos con tal fuerza, que á traves de los guantes sintieron el calor de la piel y hasta el latir de la sangre.

María subió á su berlina, que se alejó al rápido trotar del caballo.

Aunque partió de prisa, muy de prisa, á un tuvo tiempo para enviar con la mano un ¡adios! que semejaba una caricia.

Ya en el carruaje, muy cerrado por que el viento helaba... que era próximo al amanecer de uno de esos dias de Diciembre en que el Guadarrama envía á

Madrid sus aires fríos, que parecen mensageros de la muerte; ya en el carruaje, recordó toda su historia, y vió su pasado como á la luz de un relámpago vivo é intenso.

Se casó loca de amor con un hombre que la adoraba y murió dedicándola su último suspiro. Aun muerto, parecía contemplarla como á un ídolo, como si en aquella materia inerte hubiese quedado un soplo de vida, un resto de exístencia, solo para ella.

María no murió, por que necesitaba vivir para el hijo que tenían, fruto de aquellos sublimes amores, lazo de aquellas almas confundidas hasta la muerte, y unidas después, por la esperanza de encontrarse.

María se en volvió en sus tocas de viuda, entre ellas cobijó á su hijo, y semejaba la estátua del sufrimiento. Siendo jóven parecía vieja.

Así pasó mucho tiempo, años, sin más vida que la del dolor,

sin más recuerdos que el de su esposo, sin más esperanza que volverlo á ver, ni otro deseo que la felicidad de su hijo.

Así pasó mucho tiempo, marchando en sus paseos camino del cementerio, como arrastrada por una fuerza poderosa é invencible. Iba por ella mismo, y por *él*, que la atraía con derecho, pues ella nunca pensó que pudiese terminar con la muerte una pasión tan avasalladora como la de aquel hombre, que casi agonizando la decía.

«No sufras; pero no me olvides...

¡Olvidarle! ¡Y *él* había podido suponer que le olvidaría! Aquel recelo la hizo daño, tanto, que fué lo único que amargaba el recuerdo de su esposo.

El niño se criaba triste, en medio de aquel luto, de aquel dolor incansable... Hasta los médicos la dijeron que paseara, que llevase á su hijo á baños de mar y que necesitaba distracciones

ella para no morir consumida... Y con el alma desgarrada viajó, y con el corazón destrozado sonreía al pobre niño, que no había contemplado siempre, más que lágrimas en el rostro de su madre.

Y pasó más tiempo, y atendiendo á los consejos de las amigas, á las indicaciones de todos, para vivir, procuró distraerse, y fué abandonando sus negras tocas, visitó menos el cementerio, y como para reir no necesitaba ya hacer grandes esfuerzos, su belleza animada por la alegría, apareció en todo su esplendor, deslumbrante... y, naturalmente, se vió perseguida, halagadísima por los hombres de mayor mérito, y especialmente por Ramón, apasionado, sumiso, loco, y siendo María jóven, muy jóven, aunque no correspondiera á nadie, le gustaba verse objeto de tantas adoraciones.

Después su sangre ardiente empezó á golpearla dentro, como

reclamando sus derechos, y resistió, ya casi vencida, y comenzó á asistir á los bailes, á dejar en la sombra el recuerdo de su marido, y al hijo en casa... Y fue el último baile á que asistió aquel del cual salía. Ramón había estado más loco que nunca, y ella, embriagándose en sus palabras, arrastrada por ellas, y congestionada con la atmósfera luminosa y caliente de la sala, había pronunciado frases de cariño, había prometido querer siempre, y había dado para aquella mañana una cita de amor, en su misma casa... El principio del fin...

María vió pasar todo eso por su imaginación velozmente, pero de todos sus pensamientos, el único que ocupaba su alma era el de la cita... aguardándola cada vez más ansiosa.

. . . .

Cuando llegó á su casa, vió á la puerta, asustadísima, á la doncella.

—Señora, el niño esta muy malito—dijo:

María se quedó sin respiración, no supo que contestar, corrió desolada... y en la habitación donde dormía su hijo, en la cunita que parecía un capullo de rosa, se le encontró agonizante... y al médico de la casa cruzado de brazos, como confesando su impotencia...

—Qué hay, doctor; por Dios, mi hijo ¡sálvemele!...

—Es muy tarde señora, esta casi ahogado ya; es difteria.

María, loca de dolor, destrozándose furiosa su vestido de encajes, se arrodilló junto á la cuna.

. . . .

El niño murió como mueren los ángeles, sin protesta, casi sin disgusto, como diciendo á sus compañeritos del cielo que le llaman. «Ahora voy; yo quiero mucho á mi madre y siento abandonarla; pero; que le hemos de hacer...! ensiguida iré con vosotros.»

El niño angustioso, anhelante, movió dos ó tres veces su rubia cabeza; con sus manitas de curbados dedos parecía escarbar el espacio como buscando el aire que no penetraba por su garganta oprimida. Se convenció de que no lo encontraría, y dejó caer sobre la cuna sus manecitas de rosa; movió, como buscando algo, sus pupilas azules; contrajo su cuerpo blando y redondo, se oyó un fuerte quejido, como silbante... Fué el último resto de vida. La señal de la marcha. El niño subió al cielo.

Con el último quejido del niño, se confundió un lamento desgarrador de la madre.

Estrechó en sus brazos aquel cuerpecito frio, y de rodillas ante la cuna, pasó tres ó cuatro horas...

Muy de mañana entró una doncella, avisándola que en el gabinete esperaba un caballero.

María salió de su estado cata-

léptico. Sintió como un latigazo en el rostro, y mucho frío...

Recordó el baile y la cita... Arropó á su hijo en la cuna como si aun estuviese vivo y, altiva, enérgica, con aspecto de inspirada, salió de la estancia.

Con el hermoso vestido de baile arrugado y roto, y el rostro cadavérico, inspiraba miedo.

Llegó el gabinete. Era *él*, Ramon, quien esperaba. Ella no pasó de la puerta.

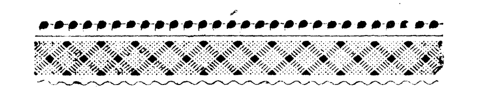
Desde allí, con voz dura y fuerte, como amenazando con las palabras, dijo:

—Habeis sido muy puntual; pero habeis llegado tarde. No volvais nunca á pensar en mi. Mientras yo atendia vuestras súplicas y accedia á vuestros deseos, citándoos muy de mañana mi hijo se moría, agonizaba, y yo lejos de él... Ha sido un castigo, ó una lógica inflexible. Al oir vuestras frases y al citaros, cometía yo un crimen, destruía la gran pasión que me

inspiró mi esposo, borrando su recuerdo... De aquel entusiasmo, de aquella fé, de aquella amantísima memoria, ¿qué quedaba ya, accediendo á vuestro amor, y arrastrándome por sus locuras? Nada... ¡Ah sí! quedaba material, viviente, un resto; el hijo... y al morir la pasión al padre, ha muerto él también para subir al cielo con mi esposo. Todo, repito, parece que ha obedecido á una inflexible lógica y á un castigo cruel... Entre nosotros se interpone un recuerdo, este si que eterno: mi hijo...

Salió sin hablar más, serena fría, altanera. No pudo dominarse mucho tiempo. Al poco rato no se oian en la casa más que sus gritos de dolor.





LA ORACIÓN

En los dias en que celebra la Iglesia Católica la Pasión y muerte de Jesús, es necesario recogerse y orar, vencer nuestras preocupaciones, que tanto al mundo nos sugetan y tan desdichados nos hacen, y con un poco de ese altruismo que hoy se solicita para las mayores mezquindades, dirigir nuestra alma á divinas contemplaciones, para que adquiera un poco de esperanza y consuelo, que tan necesario es en lo que con esactitud evidente llamaron todos los místicos *peregrinación terrena*.

Esos desdichados que se consideran espíritus fuertes, por que son capaces de blasfemar con cinismo, é incapaces de compren-

der ninguna sublimidad, con alma que pudiéramos decir que está recogida al cuerpo y totalmente sugeta á sus miserias, sin aspiraciones, idealismos, ni ensueños; esos que se llaman pomposamente hijos del siglo, y son su escoria, solo merecen lástima por mentecatos, y desprecio por corrompidos.

Larra, el inmortal, ya lo dijo: «La despreocupación es la mayor preocupación de nuestro siglo,»

Es terrible esa multitud bullanguera de libres pensadores, que amenaza como plaga todos los dominios; pero más triste y lastimosa es la caterva de pazguatos pusilánimes, que van detrás repitiendo como el coro de una ópera, palabras que no entienden y prodigando aplausos sin saber por que.

Triste es el misionero entre salvages; pero más triste debe ser el misionero entre tontos.

El hombre de ciencia y de es-

tudio, que profundiza y observa, en sus equivocaciones, y en sus mayores delirios, es digno de respeto; pero esos otros que todo lo niegan sin saber nada y tienen como único recurso un saco de palabras huecas, que vacían y vuelven á llenar, confesemos que no merecen estimación ni simpatía.

El alma, no sé si lo ha dicho Campoamor ú otro, tiene tambien su acción de gravedad *hacía arriba*, como el cuerpo *hacía abajo*. Esto es indiscutible. Esa aspiración humana á lo *absoluto*, es un argumento poderoso contra todos los modernos materialismos, argumento cuya fuerza vé el mísmo Spencer. Nuestros modernos materialistas, quieren sustituir la oración, ese hilo de luz que eleva lo finito á lo infinito, por las conferencias acerca de las *células*...

¿No saben Vv.? ¡Ah! Pues cosa demostrada: todo se reduce á células y movimientos de células...

El hombre es una célula pensante, y la mujer otra célula, también pensante, y sienten y piensan por combinaciones de materia, por que todo es materia.

El estudio, la observación y esperiencia, son fuentes de los conocimientos científicos. Yo admiro al que hace de estos elementos un sacerdocio; pero cuando se usa malamente de dichas frases, y se convierten en un pretexto para decir heregías, siento una profunda angustia, y quisiera poder elevarme alto, muy alto, por encima de este positivismo corrosivo y que mi alma pudiera sentir toda esa poesía mística y sublime que hizo á la divina Santa Teresa escribir aquellas páginas de luz, que eternamente conmoverán el espíritu, bañándole, *en una claridad como de aurora.*

Si, lo repito; en los dias en que celebra la Iglesia Católica la Pasión y muerte de Jesús, es necesario recogerse y orar, ponien-

do siempre en dicho acto el alma entera...Cuando la desgracia nos aflige, pedimos con fé que la desgracia concluya, y todos nuestros deseos pedimos que se realicen.—Es una de las formas del egoismo, orar por conveniencia. No, es preciso algo más, orar por deber, por necesidad casi, acostumbrar nuestra alma á las contemplaciones, á la elevación, y tener en cuenta que la vida tiene un fin breve, muy breve, inseguro y siempre próximo hasta el más lejano, considerar que la oración consuela, da esperanza, es como un especie de tónico que conforta y vigoriza. El que pone toda su alma en la oración, en medio de sus más acerbos dolores adquiere una dichosa tranquilidad, un bálsamo que cura sus heridas y atenua sus padecimientos. La oración es un bien real, uno de los más legítimos, verdaderos y santos.

Cuando el sol se hunde en el mar, que se engalana para reci-

birlo y riza sus aguas, cuando el ambiente se refresca con hálitos húmedos de la noche, y empieza el concierto misterioso de la oscuridad, en que *todo parece que tiene un sonido hasta el silencio*; cuando las campanas rasgan los aires produciendo esas notas melancólicas que convidan á meditar, el alma se siente poseida de nuevas energias, y capaz de sublimes acciones.... La oración—los místicos dicen bien—es el alimento del alma.

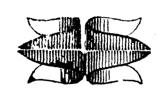


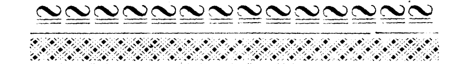
AL POETA DE LA PENA

Por más que pretendas con
[cantos sonoros
que el mundo que rie conozca
[tu pena,
en balde te esfuerzas y nadie te
[escucha
y nadie se explica tu amarga
[tristeza.
El genio se impone, y el genio
[te admiran;
más todos, dudando, querido
[poeta,
que sientas cual dices amarga
[tu vida,
envuelta en dolores y horribles
[tinieblas.
¿La pena se rima? preguntan
[algunos
¿El llanto, señores, acaso se
[encierra

en medio de estrofas pulidas,
[brillantes,
en medio de estrofas castizas y
[tersas?
Si siente, no canta; rimar los
[dolores,
mentira imposible, mentira so-
[berbia.
Asi dice el vulgo, y algunos que
[escriben;
y todos, dudando, no dudan que
[inventas
el llanto que corre y abrasa en
[tus rimas
y amarga tus versos, y al alma
[consuela.
Ya ves lo que dicen ¡ya ves lo
[que ignoran!
El público juzga de mala ma-
[nera
tus versos grandiosos, jamás
[olvidados
tus rimas, que todas de mano
[maestra
recuerdan dolores que angustian
[la vida
y evocan torturas horribles y
[negras

el llanto en nosotros, el vulgo,
[la masa,
en lágrimas trístes y amargas se
[queda
y nunca da fruto y nunca re-
[vive.
En cambio vosotros, queridos
[poetas,
del llanto sacando creaciones
[sublimes,
en lágrimas tristes forjais la
[belleza.
que á todos asombra y á todos
[admira
y el alma á las puras regiones
[eleva.





DIALOGO

PUEDO saber señor alienista, las causas de la locura en la humanidad?

—No creo que se proponga V. que contemos las arenas de todas las playas del mundo, ni las estrellas todas del cielo, ni los movimientos de las ondas sonoras; supongo que no querrá V. que lo indeterminado lo sujetemos á determinación y se encierre lo inagotable en los estrechos límites de una conferencia.. Voy á señalar, por consiguiente, no las causas generales de la locura, sino las especiales de los modernos tiempos, y aún asì quedarán muchas sin explicación... Y comienzo.

1.ª *La inacción muscular.* Ya no se preocupa nadie del cuerpo, como si el cuerpo no fuese el ánfora sublime que contiene el alma. Se atiborran las inteligencias con matemáticas, física, mecánica, filosofia, medicina, leyes é idiomas, y esa gimnasia intelectual, sin gimnasia corporea, produce un desquilibrio de tal naturaleza, que ocasiona la locura.

—¿Pero los hombres no han estudiado siempre, y antes, aún más que hoy?

—No, Señor. Antes se hacía más gimnasia, y se estudiaba menos, porque la lucha de la existencia no era tan angustiosa como hoy, no se ganaba la vida tan á costa de vigilias devorando libros, no costaba como en la actualidad un pedazo de pan, miles de ideas.

—¿Cuál es otra causa de la locura, señor doctor...?

El *alcoholismo.* También hoy se bebe más, como acicate para

el ingenio, como espuela de la inteligencia; se bebe más para pensar más de prisa ya que todo hace falta en la vida. Los viciosos tambien aumentan, porque el arte de la refineria, buscando todos los medios para conmover agradablemente el paladar, y el comercio de acuerdo, produciendo materias con el menor costo posible, pero á costa de la vida, han hecho de modo que se despierten los apetitos y cada copa que se bebe de un liquido alcohólico, es un memorial que se echa á la locura, que al fin y á la postre llega con sus más tristes y repugnantes manifestaciones.

—Me aterra V., doctor.

—Otra de las causas que en los modernos tiempos produce la locura, *es la política*, con sus injusticias anomalías y desigualdades irritantes, la política, que es cebo de todas las ambiciones, un excitante que tiene las inteligencias en tensión permanente, estirando tanto, que al fin se rom-

pe y la locura llega con su delirante monomanía de grandezas.

—¿Y el amor no produce también locuras?

—¡Oh, en los modernos tiempos el amor produce más tontos que locos!

La locura es en la actualidad, producto de la educación viciosa que se dá á los niños, á los cuales, cuando son todavía tan débiles que cualquier esfuerzo puede matarlos, en vez de ayudar á la naturaleza, y por medio de una gimnasia higiénica bien dirigida robustecer el cuerpo, se carga el cerebro con teorias abstrusas que no entienden, con fórmulas imposibles para ellos, que pesan en las cabecitas de aquellos ángeles, de forma tal, que las indigestiones esas duran toda la vida.

¿No ve V. esos niños, tristes antes de tiempo, que miran indagando con sus grandes pupilas, que se quejan de dolores en la frente y latidos en el corazón;

esos niños de faz palida, delgados y ojerosos? Pues son las víctimas de la educación moderna, esta educación de desequilibrio, en que se trata al cerebro como si fuera un yunque á golpe de mazo; esta educación que hace de tan interesantes pequeñuelos candidatos á mi clínica, futuros locos. ¿No ve V. esos niños que apenas pueden andar, y que, sin embargo, ya se sujetan á trabajos intelectuales? Á los niños que jueguen. No se ría V., señor reporter. Si los niños jugaran mas, habría menos hombres locos.





RIPIOS EN PROSA

Los novelistas, los que escriben para el teatro, ó para el periódico, los oradores, y todos en fin aquellos que manejan el hermoso idioma de Cervantes, Solis, y Quevedo, hacen ripios de igual volumen que los famosos *cuadre* para concertar con padre, y *aliño* con niño, y otros consagrados por el uso y estereotipados por los poetas.

También hay ripios en prosa.

Son ripios en prosa, los que comete el escritor que desfigura su pensamiento, lo altera ó lo contrae, dejándose arrastrar por el contexto de la oración, ó por la fuerza de la sintáxis, por la redondez del período, ó por su

fluidez y galanura. Son ripios en prosa, las repeticiones desusadas, las cacofonías disonantes, los cambios y contradicciones en los conceptos, por no repetir una palabra, sustituyéndola por otra de distinto valor... peso y medida. Son ripios en prosa, las mil palabras inútiles y difusas que para rellenar huecos, se esparcen por todo el párrafo como los polvos de una salvadera, encima de una cuartilla fresca aún y brillante por la tinta. Son ripios en prosa dicho sea como síntesis de lo expuesto, cuanto desfigura el pensar y sentir del que escribe, por culpa de las malditas palabras que no se han sabido disponer de modo y manera que fotografíen aquello que dentro del cerebro se siente con la clarividencia con que se siente todo lo que hay que ver mirando *hácia adentro*.

El que se propone decir una cosa y no la dice, *realmente no la dice*, porque la más perspícua

y aguda comprensión no podría dar con ella, ese ha hecho un ripio total, absoluto, completo.

Los oradores son los que más *ripian*, esceptuando aquellos que escriben bien y descansadamente sus discursos, se los aprenden de memoria, y despues los recitan.

Los oradores son los grandes *facedores* de ripios. La mitad de lo que se habla no se ha querido decir, y se ha dicho por efecto de la presión arrastradora de las palabras, que como aluvion se precipitan, llevan más allá del deseo, y cuando el torrente se quiere detener ya es tarde, y hace falta para remediar el desperfecto, vengan bien ó no, expresen la idea engendradora ó no la expresen, hace falta repetimos (este *hace falta repetimos* es un ripio) que se busquen dos ó tres frases que sirvan de muro de contención, de puerta cerrada, y de paracaidas, con el fin de que el párrafo no resulte cojo, aunque sea difuso, y no aparezca

antigramatical, aunque se pierda en el naufragio el espíritu que impulsó las palabras y las dió vida.

Por evitar una falta de sintaxis, muchos son capaces de cometer faltas irremediables en sus opiniones.

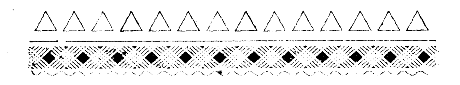
Excluyo como es natural á los grandes mágicos de la palabra, á los grandes hablistas, maestros en toda clase de formas de expresión: esos no hacen ripios, sino filigranas sutiles, y el idioma lo convierten en ductil masa, con la que producen cuanto á su deseo conviene.

Yo en mis escritos todos—lo afirmo con la mano puesta... (bueno, temo que se aproxima el ripio, y dejo sin concluir la frase) veo tantos ripios hasta en los que aparecen más recortados, brillantes y pulidos, que la última cuartilla, la que queda sobre la mesa, la inmaculada en blancura, es la única que encuentro impecable.

Pero hay el consuelo de ir en compañía de muchos.

El ripio en prosa es muy difícil evitarlo, y viendo con algun arte, gusto y delicadeza, se conocerá que en la prosa abundan los ripios más que en los versos.





BAILE DE NIÑOS

IGNORO si los niños se divertirán en esos bailes; pero que el espectáculo resulta delicioso para las personas mayores, de eso estoy ciertísimo.

Un maestro de la descriptiva, nos dió una mancha de color y de luz verdaderamente inolvidable, al describir una reunión de niños, jugando á las estúpidas orgías de las personas mayores, que gastan inútilmente y con grave daño, su tiempo, su dinero, y su vida.

En esas inocentísimas bacanales infantiles, hay mucho que aprender y que admirar, y despiertan enseñanzas que son imborrables.

El hombre que en tantas oca-

siones, víctima del orgullo, de las exigencias sociales, ó de la rutina, se ve condenado á pagar, aburrirse, y dominar el aburrimiento, tiene que mirar comido por la envidia, á los niños que cuando se aburren lo demuestran, y piden que se les saque de aquella situación. Ellos, los niños, son los verdaderos *hombres de mundo*.

Llegan al baile con brillante casaca de colores, relucientes bordados, pantalones cortos, zapatos de hebilla y sombrero de tres picos, y si á los primeros pasos no se divierten, sin más contemplaciones al público que les rodea, al traje que llevan, y á la solemnidad del acto, dicen que les saquen de allí, y si no lo hacen, lloran y logran su objeto, y si no... se duermen.

Es una manera de protestar encantadora.

El hombre vestido de frac, cuando acude á los bailes, si se aburre tiene que dominarse, son-

reir, y prodigar elogios á todos, amable y solícito, segun exigen las leyes de esa buena educación que á veces es tormento inaguantable.

El baile de niños, sin esos frios ceremoniales de los bailes de hombres y mujeres, es manjar delicado y sabrosísimo.

Junto á un niño descompuesto por la risa, llevando la severa toga del magistrado, otro que llora, vestido de Napoleon I, con el grueso capote de las batallas.

Cabelleras rubias, con bucles que semejan sutilísimos tallos de espigas, quemadas al fuego lento del sol; ojos azules, trasparentes, y como espolvoreados con brillantes motas de luz; labios dulces y húmedos; mal encubriendo alineados trozos de marfil; frentes blancas, surcadas por líneas de venas, mofletes rosados y llenos de vida... á esas bellezas de tan diversos tonos y matices, agréguense focos de luz; mul-

tiplicidad de colores, variedad de reflejos, y tendreis en resumen un espectáculo encantador para la vista, y encantador para el alma.

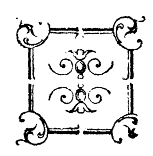
La salida del baile, es también digna de un pincel hecho con rayos de sol, y mojado en los cambiantes de una de esas caidas de la tarde, que esceden á todos los sueños de la fantasía...

Los que llevan espadas, desarmados, por que las niñeras son las portadoras de aquellos fúnebres instrumentos de muerte, que parecen alfileteros. De los brazos infantiles, cuelgan vacías, arrugadas y pringosas las elegantes bomboneras y cabecitas conojos soñolientos, se recuestan en los hombros de las madres, que cubren á sus pequeñuelos con mantones y capitas, que tapan el traje, aunque no del todo, pues debajo de unos madroños de toquilla, asoman los encañonados de una gola, y detrás de los flecos de una manteleta, se

ven los dorados de una limosnera de paje...

Arrebujados, ardorosos, medio dormidos, como calaveras embriagados en plena orgia, van saliendo, en brazos muchos, renqueando otros, calenturientos casi todos, á encajonarse en los coches que los esperan, y que velozmente parten con la preciosa carga...

El baile de niños, es una diversión propia de personas mayores, y una de las diversiones más dignas de admirarse....



EN MALABÓN

EL DIA 11 DE SETIEMBRE DE

MDCCCXCVII

ACABÓSE DE ESTAMPAR

ESTE VOLÚMEN

DE LA TIPO-LITOGRAFÍA DEL

ASILO DE HUÉRFANOS.

ÍNDICE

PÁG.

